

La ambivalencia de Eva

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Mendoza, Jairo, 1983-

La ambivalencia de Eva / Jairo Mendoza. -- 1a. ed. – Santa
Marta : Universidad del Magdalena, 2017.

100 p. – (Libros artísticos y culturales)

Incluye datos biográficos del autor.

ISBN 978-958-746-087-2 -- 978-958-746-088-9 (digital)

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI I. Título II. Serie

CDD: Co863.5 ed. 23

CO-BoBN– a1009378

Primera edición, octubre de 2017

© UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

Editorial Unimagdalena
Carrera 32 No. 22 - 08
(57 - 5) 4217940 Ext. 1888
Bloque 8 - Segundo Piso
Santa Marta D.T.C.H. - Colombia
editorial@unimagdalena.edu.co

Colección: Libros Artísticos y Culturales

Rector: Pablo Vera Salazar
Vicerrector de Investigación: Ernesto Amaru Galvis Lista
Coordinador de Publicaciones y Fomento Editorial: Jorge Enrique Elías-Caro

Diseño de portada y diagramación: Luis Felipe Marquez Lora
Fotografía de portada: José Camilo Iguarán León
Corrección de estilo: Gran Caribe, Pensamiento, Cultura, Literatura

Santa Marta, Colombia, 2017

ISBN: 978-958-746-087-2 (impreso)

ISBN: 978-958-746-088-9 (digital)

Impreso y hecho en Colombia - Printed and made in Colombia
Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. - Xpress Kimpres (Bogotá)

El contenido de esta obra está protegido por las leyes y tratados internacionales en materia de Derecho de Autor. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio impreso o digital conocido o por conocer. Queda prohibida la comunicación pública por cualquier medio, inclusive a través de redes digitales, sin contar con la previa y expresa autorización de la Universidad del Magdalena.

Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad del autor y no compromete al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni genera responsabilidad frente a terceros.

La ambivalencia de Eva

Jairo Mendoza

Colección: Libros Artísticos y Culturales



Ese desorden que es su orden misterioso, esa bohemia del cuerpo y el alma que le abre de par en par las verdaderas puertas. Su vida no es desorden más que para mí, enterrado en prejuicios que desprecio y respeto al mismo tiempo.

JULIO CORTÁZAR

Rayuela

Amo a las mujeres misteriosas, puesto que vos sois una de ellas...

MARCEL PROUST

Carta a Geneviève Straus

1

Tengo las manos cubiertas de sangre ajena. Y la cara. Y la ropa.

Corro por estas calles con el desespero de un secuestrado en fuga, huyendo de mi crimen, y también, inútilmente y sin que sea en verdad el gran propósito de mi escape, tratando de huir de mí, de quien soy ahora, de en quien me he convertido por culpa de esta estúpida manía que tengo de quedar bien ante aquel o aquella que ha oído de mí una promesa. Lo sé, no existe en el mundo una sola persona que haya hecho todo lo que ha prometido, pero ya qué, es demasiado tarde para deshacer mis actos.

El corazón ya ha dejado de ladrarme detrás del tórax, pero el golpeteo que sostuvo durante mi emulación de Raskolnikof me ha dejado adolorido el esternón y aún respiro con dificultad. Por mi cabeza se cruzan todo tipo de pensamientos, una amplia variedad de razonamientos oscuros sobre mi futuro. Domina con mayor intensidad mi mente la idea del suicidio en cuanto me vea acorralado por la policía, y creo estar seguro de que, llegado el momento, no me temblará la voluntad para tomar esa decisión. Quizás me atravesara en el recorrido de un carro en alguna avenida, o suba a un edificio alto y salte desde la azotea. También pienso en la posibilidad de ir a la cárcel, purgar una pena de cuarenta y cinco años por mi delito y salir a los sesenta por buen comportamiento, y trabajar el resto de mis días en una carpintería siguiendo, de manera tardía, los pasos de mi padre y de mi abuelo. Probablemente para muchos, este último final no es lo peor que me pueda pasar. Pero para mí, en cambio, que he fantaseado desde hace tanto con una vida adulta sedentaria, dedicado a la lectura y a la escritura de poesía, y morir de viejo después de haber ganado algún premio medio-importante, ese final, no sería sino para mi vida una especie de coito interrumpido; un anaranjado atardecer hendido por una impertinente nube negra.

En mi reloj son las dos de la tarde y el sol sigue tan alto y caliente como cuando llegué a esta ciudad, y a pesar de las miradas de estupor de la gente que me cruzo en el camino, sigo corriendo y solo reduzco el paso al llegar a la calle del Boquete con la intención de alcanzar la Avenida Venezuela, donde espero completar la escapatoria tomando un taxi. Es ciertamente un desperdicio andar por estas calles de Cartagena en tan deleznable circunstancias.

Al subirme al único taxi que aceptó llevarme luego de que dos se negaran al verme ensangrentado (al parecer sus conductores creyeron que la sangre manaba de mis venas), en mi celular marco el número de Eva que, luego de cuatro tonos, escucho contestar.

—Hola— dice.

—Hola, soy yo.

Ella ya sabía que era yo, pues mi nombre apareció en la pantalla de su teléfono. También había reconocido mi voz.

—No quiero que te asustes— sigo hablando, al tiempo que pienso que había sido un error llamarle, y mucho más empezar diciéndole aquello.

Y lo empeoro todavía más:

—Las cosas no salieron como esperaba.

— ¿Qué pasó? ¿Qué dijo mi mamá?

—De eso hablaremos más tarde.

—¿Por qué? ¿Qué pasó, Aldemar?

—Es mejor que hablemos en persona.

Eva pasó de la duda al nerviosismo.

—Es algo malo, lo sé y no quieres decirme. Te exijo que me digas. ¿Y Efraín?

—Tranquilízate, luego hablamos. No te imagines nada, yo te contaré todo cuando regrese.

—Me llamas pidiéndome que no me asuste y cuando te exijo que me digas por qué, no lo haces. Pasó algo malo y yo lo sé. Le pasó algo a mi mamá ¿cierto?... ¿No mataste a Efraín?

—Eso solo te lo puedo decir en persona, por teléfono no hablaré de ese tema.

—Eres un pusilánime, dime la verdad ¿No mataste a Efraín, cierto?

—Ya te dije, mejor hablemos en persona, espérame en tu casa, apenas llegue voy allá.

Todo es un completo desastre: el fin del mundo vaticinado por los mayas; el Apocalipsis revelado por Juan; la hecatombe profetizada por el ex presidente más fascista de este país de insensatos; un tsunami de mierda ensangrentada que me ha caído encima asfixiándome indoloramente. ¿Qué carajos hago yo en esta situación? ¿Cómo es que he resultado metido en este pozo séptico? No lo sé, o, mejor dicho, prefiero ya no saberlo. Así que me obligo a alejarme de tales pensamientos y, casi sin darme cuenta, en la ventanilla del taxi empiezan a aparecer las casas de La Manga y un viento suave se cuela pegándome en la cara con el aroma desdeñoso del mar de la Heroica, y es en este preciso instante cuando el rostro de Lucía Esquivel atraviesa mi memoria como un relámpago solar, y entonces los recuerdos empiezan a sucederse uno tras otro, y, aunque yo hubiera intentado contenerlos, ya de nada habría servido porque se han precipitado en tumulto. Recuerdo sus ojos de ébano y su tersa piel morena, recuerdo asimismo la última vez que acaricié su rostro en la víspera de la navidad pasada, y recuerdo, como recordaré por siempre, sus labios espumosos y fértiles. Y también, recuerdo el final del poema de Darío Jaramillo que Lucía me dejó pegado en el espejo de mi baño el día que se fue, configurando con eso un ritual de despedida deliberadamente retórico:

*Pero primero está la soledad, y tú estás solo,
tú estás solo con tu pecado original —contigo mismo—.
Acaso una noche, a las nueve, aparece el amor y
todo estalla y algo se ilumina dentro de ti,
y te vuelves otro, menos amargo, más dichoso;
pero no olvidas, especialmente entonces,
cuando llegue el amor y te calcine, que primero y
siempre está tu soledad y luego nada y después, si ha de llegar, está el amor.*

Por aquel entonces, hablo del tiempo antes de su partida (de eso hace unos tres meses), Lucía leía de manera obsesionada la poesía de Jaramillo y podía

pasar horas recitando de memoria versos y más versos. Pero aquel poema que me había dejado en el baño era su predilecto y solía declamarlo repetidas veces adoptando un tono exageradamente lírico. Era su ritual más solemne y el que yo más disfrutaba. Recuerdo que cuando terminaba de recitarlo, en el aire quedaban deambulando por luengos minutos una cadena de milagrosos ecos que morían lejos, bien lejos, y cuando ya esos versos eran una cineraria reverberación, nos abandonábamos dormidos aun con las luces encendidas, enmarañados, diluyéndonos mutuamente como por ósmosis, casi siempre ella sobre mí. Esa vida de entonces era pacífica y ninguno de los dos albergábamos en nuestros corazones resentimientos ni frustraciones; no había pisos blandos que hicieran tambalear nuestros pasos comunes porque en aquellos días nos amábamos de veras, y no existían razones suficientes que insemnaran ni en mi espíritu ni en el de ella la idea del fracaso, incluso cuando éramos absolutamente conscientes de que *los futuros tienen una forma de caerse en la mitad*. Nada parecía perturbarnos. Aunque ahora que recuerdo mejor, se me viene esa sola noche a la cabeza, una cuando desperté sobresaltado al oír la voz de Lucía brincar de su sueño como un grillo. Pero el grillo que había saltado era yo, porque ella dormía plácidamente a mi lado, desnuda por completo, y su respiración era tan noble y tan sana que su estado no era merecedor ni siquiera de una mirada fugaz.

Pero yo la miré, tratando de recordar con eso el sueño que me había despertado y apenas logré rescatar pedazos que revoloteaban en mi cabeza como moscas que buscaran salir de un frasco. No eran recuerdos valiosos realmente: un hombre tirándole piedras al sol, un niño pescando en un lodazal, una mujer ahogándose en la tina de un baño, y un viejo conduciendo un taxi en contravía con la naturalidad de un inglés, al que Lucía llamaba tremendamente desesperada desde una acera sin que el viejo pareciera escucharla: ¡Taxi!... ¡Taxi! Lucía dormía, y yo seguí contemplándola embriagado sentado en el borde de la cama. Desfilé sutilmente un dedo por su vientre y advertí como ella, sin consciencia, evadió mi roce. Luego empecé, mentalmente, a descomponerla y volverla a armar, pero depositando ahora sus senos opulentos sobre sus torneados muslos, y los brazos saliendo del lugar que antes ocuparon los senos, y las orejas pegadas al lugar de donde en principio se desprendían los brazos, y su pelo fuliginoso descosido sobre la cara y sus ojos de noche cerrada... sus ojos... esos ojos... ¡ah!... volví a rozar su vientre y esta vez sentí que su cuerpo

se estremeció con mi contacto, tal como si hubiese recibido un alfilerazo; la vi revolverse en la cama y palpité segundo a segundo la emoción de presenciar el momento exacto en el que ese hermoso ser moreno cobraba vida, y la vi desplegar los párpados tan parsimoniosamente hasta acostumbrar sus retinas a la luz.

— ¿Por qué estás despierto?— me preguntó.

—Es que me despertó un sueño— respondí, mustio y como abstraído.

—¿Y qué soñaste?

Cerré los ojos un instante, apreté los párpados y me tumbé en la cama sobre mi costado izquierdo.

—Pendejadas —dije finalmente—, después te cuento.

Lucía volvió a moverse hasta quedar de frente a mí, aunque no habló sino después de un tiempo que ya se prolongaba. Musitó enigmáticamente:

— ¿Hace cuánto que me amas?

Yo me quedé inmóvil a la espera de que la cama me tragara vivo. Y en realidad lo deseé profundamente, pues aquella era del tipo de preguntas que evitaba regularmente en mi vida.

—Bueno... no tengo forma de saberlo, lo siento— dije al cabo de unos segundos y buscando dar por terminado el tema.

—Esa no es una respuesta— respondió, seria.

—Claro que sí lo es. Solo tengo que agregar a eso que lo que siento por ti llenó mi vida de repente... pero no recuerdo la hora ni la fecha con precisión.

— ¿Tampoco el lugar?

—Tampoco— rematé, aún presa del azare por la primera pregunta.

Y, aprovechando la pausa que se erigió como un monumento al silencio, llevé mi mano hasta el rostro de Lucía y acaricié suavemente sus mejillas puras; me incorporé solo un poco, lo suficiente para quedar muy cerca de ella, y con los labios busqué su boca y la encontré, receptiva y cálida. Deslicé la mano con parsimonia y busqué sus senos y también los encontré, altivos y por supuesto concupiscentes, apreté con la yema de los dedos sus pezones izados y pude percibir entonces un fugaz gemido que me inflamó las venas. Desplacé con indubitable sutileza la mano atravesando la maravillosa meseta de su vientre y a medida que avanzaba mi cruzada hacia la conquista de una promesa anhelada que se hallaba al final de aquella tierna llanura, fui mucho más consciente de que me encontraba a punto de presenciar una detonación sin control entre sus piernas. Hundí suavemente los dedos en un bosquecillo lúbrico que anticipaba las escarpadas termopilas que empecé a escalar, ávido, antes de adentrarme en sus profundidades calcinantes cuyas paredes abrasaron placentemente mi tacto, invicto y glorioso...

...Así fue... porque tiempo después Lucía empezó a esfumarse, primero lánguida y penosamente, y al final, su figura se difuminó y de golpe dejó de ser en este mundo mío, y en cualquier otro mundo donde yo pudiera habitar. Hasta hoy no he vuelto a verla.

A pesar de lo prodigioso, el recuerdo (o mejor: la ausencia) de Lucía no ha hecho sino empeorar mi estado de ánimo. Sin embargo, me reconforta el hecho de que estoy a punto de salir de Cartagena y, con ella, dejar atrás esta tarde aciaga que empieza a generarme un malestar punzante detrás de los ojos. El taxi me ha dejado en la Terminal de Transportes y de inmediato entro en un servicio de baño y me lavo lo más que puedo. Salgo y compro un tiquete con destino a Santa Marta y me subo al bus azul número 1106 que me indicaron en la oficina de taquilla. Al sentarme, pienso que lo peor ha pasado. Que no hay forma de que me alcance quien pueda estar detrás de mí y que mis preocupaciones, si acaso, solo volverán al llegar a mi destino. Aún con la turbación que me alberga, me he relajado al cabo de unos minutos de introspección, que me han llevado a comprender que, aunque la Policía o no sé quién más haya descubierto ya el cadáver de Efraín, le tomará un buen tiempo identificarme como el principal sospechoso y hasta podría pasar que ni siquiera piensen en mí, porque, si mal no recuerdo, no dejé pistas contundentes que me incriminen. De modo que intentaré dormir un poco durante el viaje y procuraré despertar solo minutos antes de llegar a mi destino.

2

Conocí a Eva Camargo un viernes, un día tan común y parecido a tantos otros que su presencia en la biblioteca fue para mí un suceso natural, nada extraordinario, porque aquel lugar era concurrido y visitado por mucha gente todos los santos días, menos, por supuesto, los domingos. Pero ella en sí era otro tema. Y lo digo porque es que no le quité la mirada durante su recorrido por la sala de lectura: quedé enganchado. Solo al verla desaparecer entre los estantes me dediqué a seguir con mi trabajo de “prestador” de libros. Eso es lo que hago y, a falta de un rótulo formal para denominar mi cargo, decidí unilateralmente llamarme así, Prestador, y, además, para tener una respuesta clara cuando alguien me preguntase por lo que hago para ganarme la vida.

Un rato corto pasó hasta cuando vi a Eva aparecer de nuevo. Se acercó a mí, digo, a donde yo me encontraba, y puso sobre mi escritorio de falso oficinista un libro de pasta verde bastante ajado que no tenía título visible ni sobre el lomo ni en la tapa. Permanecí sentado con las manos entrelazadas sobre el escritorio, aparentando una jerarquía administrativa de la que yo carezco totalmente.

—Necesito llevarme prestado ese libro, pero tengo un pequeño problema— dijo, refugiándose en un tono de voz apacible pero matizado por cierta impotencia.

Fue la primera vez que vi de cerca sus ojos ambarinos, grandes y dueños de una mirada tajante (aun detrás de unos contundentes lentes de miope) que daba la impresión de guardar un secreto prehistórico, porque era evasiva y cauta. Su cabello rubio ondulado le caía sobre los hombros en una cascada volátil que parecía hecha de espuma; debía tener unos treinta y cinco años. Seguí mirando sus ojos por varios segundos hasta cuando ella volvió a hablar.

—Lo que pasa es que no estoy afiliada a la biblioteca.

Enseguida dejó encima del escritorio un sobre de manila marrón que llevaba en una mano y empezó a rebuscar algo dentro de su bolso, también marrón, y al final extrajo un carnet y me lo entregó. Yo seguía imbuido en sus ojos, así que lo revisé sin mayor rigor, medio concentrándome particularmente

en la fotografía donde evidenció que en efecto se trataba de la misma mujer que tenía en frente.

—Trabajo en esa universidad— soltó, inerte. Si quiere, puede corroborarlo llamando allá.

Sonreí al escuchar aquella última frase, pues sabía tan bien que aquel “si quiere, puede corroborarlo” constituye un sencillo pero eficaz ejercicio estratégico, una suerte de artilugio al que algunas personas suelen acudir en determinadas circunstancias para ganarse la confianza de otras. Lo había visto en varias películas, en las cuales, la persona que era invitada a corroborar una historia se quedaba mirando fijamente a su interlocutora y al final, como si le hubiera bastado con eso para ver la verdad en el alma de esta, optaba por no hacer la llamada y comprobar que lo que le decían era cierto o falso. En muchos casos, resultaba que hacer la bendita llamada podía haberles salvado la vida.

No había nadie más esperando turno para pedir prestados libros, así que me sentí afortunado de estar a solas con ella, pues podía tomarme todo el tiempo del mundo atendiéndola en exclusividad. Y empecé diciéndole que para poder sacar el libro del establecimiento primero tendría que afiliarse y que el proceso tardaría en promedio cinco días hábiles, por lo que solo al cabo de esos días se le entregaría un carnet con el que podría llevar el libro que deseara sin ningún inconveniente. Ella se encogió de hombros resignadamente.

Continué clavado en sus ojos mientras hacía un poco de teatro mostrándome dubitativo, me pasé la mano varias veces por la mandíbula y después por la frente como si intentara secarme de un sudor que por supuesto era hipotético.

—Hagamos una cosa —miré en todas las direcciones para cerciorarme de la inexistencia de moros en la costa y enseguida volví a sumergirme en su mirada—, si yo le permito llevarse este libro, deberá dejarme como garantía algo que represente valor para usted, como por ejemplo un carnet de seguridad social, pero además un número de teléfono donde pueda contactarla en caso de ser necesario. Mire que yo me jugaría el pellejo haciéndole este favor.

Sin dudarle siquiera, ella aceptó. Rebuscó en su bolso nuevamente y sacó una tarjeta plateada, al tiempo que yo le devolvía su carnet de la tal universidad,

pues comprendí su intención. Comprobé que el nuevo plástico que me había entregado era su tarjeta de profesional certificado. Esta vez me fijé tanto en la fotografía como en su nombre.

— ¿Y su número de teléfono señorita Eva?— pregunté, precipitado.

Ella sonrió bellamente con sus grandes ojos de ámbar.

—Ya va— respondió.

Se inclinó sobre el escritorio y en un trozo de papel escribió el número con un bolígrafo rojo que yo tenía sobre una pila de libros.

—Muy bien— dije, al tiempo que leía un número de diez dígitos que empezaba con un trescientos.

Le alcancé el libro y ella me dio las gracias. Me dijo que lo devolvería pronto y yo le creí.

Me quedé quieto viendo cómo ella desandaba sus pasos y volvía a desaparecer de mi vida, completamente inconsciente de lo que su partida estaba generando en mí. Luego de eso, estuve cerca de dos horas más en la biblioteca, prestando y recibiendo devoluciones de libros, pero con la cabeza en otra parte. Al irse, Eva había dejado olvidado sobre mi escritorio su sobre marrón, cuyo contenido yo no había tenido tiempo de revisar, de modo que no había dejado de pensar en eso, pero aún no tomaba la decisión de si hacerlo allí mismo, en mi casa, o en otro lugar.

Al terminar mi jornada de trabajo resolví, para hacer tiempo, deambular un poco por las calles del centro histórico y quizás tomarme una cerveza y comer algo en cualquier restaurante asequible del Paseo de Bastidas. Cuando salí del edificio de la biblioteca, encontré que el mundo, por lo menos la parte del mundo donde yo me encontraba en ese instante, ya estaba a oscuras, y algunas luces empezaban a encenderse a lo largo del Paseo. Eché una mirada a mí alrededor, bajo el brazo derecho llevaba el sobre.

A mí izquierda algunos turistas salían en fila india de la antigua Casa de la Aduana convertida ahora en el Museo del Oro y se subían en un bus aparcado

en la acera; a mi derecha, la bahía se apreciaba sola y la luz del faro empezaba a titilar en su sempiterno rotar noctámbulo. Caminé en línea recta hacia el parque Simón Bolívar, cuya remodelación había concluido hacía solo unas semanas y era por esos días un sitio de congregación de turistas haciéndose fotografías al lado de la figura ecuestre de El Libertador. Pasé de largo y crucé la calle con una premura extraña más propia del que tiene una cita imperdible en un lugar preestablecido a una hora inapelable, marcada inextricablemente por el destino. ¡Bah! como si yo creyera en verdad que el destino fuera realmente un pretexto serio para cumplir una cita.

Siempre he sido más bien un hombre habituado a la soledad, sin pretensiones sociales más allá de las necesarias como el trabajo y las reuniones mensuales de la administración del edificio donde vivo; o los seminarios y talleres para bibliotecarios que organiza cada tanto el Ministerio de Cultura. Con treinta y tres años cumplidos mis litúrgicas maneras y la contrita expresión de mi cara me suman al menos otros diez, lo cual suelen decirme algunas personas con las que la vida me ha sorprendido poniéndomelas en mi camino. Yo he terminado por creerme ese cuento, pero nada me he puesto a hacer para remediarlo, porque en últimas muy pobre sería el resultado, tendría que trasplantarme otra cara para no parecer el ser demacrado que deambula por las calles como si habitara en estas. Poco me faltó para eso, debo amirar. Si embargo, conté con la suerte de quedarme con el trabajo en la biblioteca (no me extrañaría enterarme de que me gané el puesto porque nadie más lo quería y a los encargados no le quedó otra opción) y desde entonces no he parado de alimentarme de libros y todo cuanto pueda leer, circunstancia que me permite mi escasamente ajetreada labor de prestador de libros. Por eso, el sobre olvidado por Eva fue como la boya que esperaba hace tanto para aferrarme a la vida, aunque fuera a la vida de otra persona.

El barcito al que decidí entrar minutos después se encuentra en el centro histórico. Muy pocas veces fui allí, pero aquella noche estaba dispuesto a exponer mi alma a la pasión futbolera y a la melancolía bohémica de la Santa Marta de la segunda mitad del siglo XX. Sobre la puerta de entrada el lugar recibía su nombre: *Café y Bar Ciclón*. Se trata de un local de paredes decoradas con fotografías de la vieja Santa Marta, sobre todo de los barrios Pescaito y de El Prado, y de El Rodadero, y, en demasía, con retratos y fotografías de las glorias del Unión Magdalena, desde Alfredo Arango hasta el Pibe Valderrama. En la

carta se ofrecía un excéntrico menú que incluía café bananero, empanadas de Vilarete y cocktail de la Puya. A esa hora el bar se encontraba casi desocupado y solo una pareja, que departía una botella de tequila José Cuervo sentada en un rincón, completaban la sociedad del lugar.

Ni siquiera ojeé la carta que la camarera deslizó sobre la barra, donde decidí sentarme y, sometiéndome a la imperiosa necesidad de información sobre Eva, me dediqué a estudiar el contenido del sobre que ella había dejado olvidado. En su interior guardaba básicamente documentos manuscritos y copias de libros de historia con párrafos resaltados con rayones fosforescentes y notas aclaratorias en los márgenes, escritas a mano, con letra firme y grande, indicio inequívoco de una caligrafía puesta a prueba en tableros de clase.

Levanté la mirada y pedí una cerveza. La camarera giró automáticamente sobre sus pies y se marchó.

—Club Colombia, por favor— dije antes de perderla de vista, y volví mis ojos sobre los papeles.

El barman fue quien apareció con la cerveza en menos de veinte segundos, la dejó a un lado, temeroso de acercarla más y derramarla sobre los documentos que yo empezaba a leer, impertérrito y ya medio concentrado... ni siquiera me molesté en dirigirle una mirada a mi pedido.

La mayoría de los documentos hacían referencia a la historia de Santa Marta entre los siglos XVI y XVII, y aludían exageradamente a asaltos de piratas, a saqueos de corsarios enemigos del Reino de España, entre los cuales destacaban Jean François Roberval, John Hawkins y Francis Drake, y a la férrea resistencia de los nativos Bondas y Chimilas.

A manera de información general, considero pertinente decir que conozco bien los orígenes de la ciudad gracias a mi formación de antropólogo y a una sobria pasión por las historias coloniales. Sé, por ejemplo, que es un error histórico en el que se cae muy frecuentemente, el afirmar que Santa Marta es la ciudad más antigua de América del Sur; y es que muy pocos saben que quince años antes de que Don Rodrigo de Bastidas fundara la ciudad, es decir en 1510, había sido erigida por los españoles una primera ciudad estable llamada Santa

María la Antigua del Darién, situada frente al Mar Caribe en la región del Darién y cuya vida apenas llegó a contar catorce años como consecuencia de la inestabilidad administrativa que no lograron sortear sus próceres fundadores... o que Santa Marta había conservado el carácter de Provincia durante la creación del Virreinato de la Nueva Granada en 1724, pero que, debido a la fragilidad de su defensa frente a las acometidas piratas, Cartagena de Indias la desplazó como la primera ciudad sobre las costas del Caribe y su lugar en la historia del continente apenas alcanzó a quedar sellado, mercedamente por lo justo aunque de manera tardía, con la muerte de Bolívar el 17 de diciembre de 1830. Nada más digno para una ciudad del hemisferio sur.

A pesar de saberlo, de ese tipo de temas hablo muy poco (aunque realmente no tengo muchas personas con quien hablar de eso), porque odio las conversaciones que giran en torno a la vanidosa manifestación de conocimientos. No considero algo más absurdo que esas tertulias de pseudo eruditos que no hacen más que hablar basura sobre teorías melifluas, como si no alcanzara la mierda podrida que tiene uno que tragarse todos los días como para también tener que pensar en ella y terminar haciendo intelectualismos eufónicos destinados a impresionar tanto a contertulios como a espectadores, y aunque logren o no ese cometido, no serán más que mierda, más mierda, disponible para que se la traguen otros incautos en una suerte de pacífico canibalismo escatológico, del que ni tan siquiera se percatan sino cuando lo consumido les produce disentería, que por supuesto los manda a cagar encima de la gente sana. ¿Sana?

Al terminar de revisar los papeles de Eva, me planteé dos posibles versiones sobre su vida: la primera era elemental por estar directamente asociada al carnet de la universidad donde me había dicho que trabajaba; sin embargo, no tenía claro si era una profesora o si se dedicaba a tareas administrativas, pues no revisé lo suficiente la información contenida en el plástico que rodeaba su fotografía, en la que me había enfocado exclusivamente. La segunda, también relacionada con el mundo académico donde ella decía desempeñarse, era mi retrato de Eva como investigadora y escritora. Los apuntes que había hecho (sospechaba yo que eran hechos por ella) en algunas hojas me indicaban que estaba estudiando de un modo dedicado aspectos del período colonial de la ciudad, y por esta supuesta razón me gustó aún más. De pronto, ya necesitaba verla de nuevo.

3

Después de aquella tarde en la Biblioteca pasaron muchos días sin que volviera ver a Eva. En ese tiempo, yo edificué una sólida esperanza de tenerla de nuevo en frente para repararla (es decir: observarla) de una manera más detallada y completa, porque quería descifrar sus gestos para aprender a anticiparlos y anhelaba medir los intervalos de su respiración para, llegado el momento, aspirar todo el gas carbónico que ella exhalara. En resumidas cuentas, me preparé diariamente para recibirla cuando se presentara a devolver el libro que había llevado prestado.

Antes de ella, mi dedicación al trabajo de prestador era más concentrada y mis pensamientos giraban en mayor medida en torno a otros temas: dibujos y retratos al carboncillo que yo mismo elaboraría para decorar mi apartamento; una serie de poemas en los que quería trabajar para mandarlos a un concurso nacional de poesía del que me había enterado con la fecha de cierre de la convocatoria encima pero que al final no alcancé a enviarlos a tiempo; y en la posibilidad de mudarme, a pesar de estar haciendo planes decorativos para las paredes que me servían de refugio por ese entonces.

Vivía a seis cuadras de la Biblioteca, en un pequeño apartamento de la tercera planta de un edificio de seis. Cuando me instalé allí, eran los días en los que en mi mente albergaba la ilusión de romper con una mala racha que había empezado semanas antes tras perder un empleo en un despacho de abogados, y que luego se agudizó con el abandono absoluto que Lucía me propinó. Sin trabajo y sin con quien compartir dentro de aquellas cuatro paredes, me dediqué en mi soledad a la confección de un libro de poemas que al terminar titulé *Elogio a las sombras*. El libro (me refiero a setenta páginas engrapadas) sigue sobre mi mesa de noche, a la espera de ser editado y publicado como corresponde. Solo llevaba unos pocos meses en aquel apartamento cuando me entraron unas ganas violentas de largarme de allí. Al principio no me molestaba la continua ausencia de agua; ni tampoco el deteriorado estado del cielo raso, manchado desde arriba por grietas de la tubería del apartamento de encima. Incluso, con el paso de los días, me había acostumbrado al madrugador ajetreo de los vendedores ambulantes que de lunes a sábado arrastraban sus carretas de lata desde un improvisado estacionamiento de carretas que había al lado de mi edificio hasta la Avenida Quinta, lugar de caos comercial de la ciudad,

donde confluyen toda suerte de gentes, desde simples pobres que llegan de la periferia, hasta desplazados por paramilitares y guerrillas que han arribado de sus fincas o pueblos polvorientos hasta aquella calle desmadrada en la que primero se dedicaron a pedir limosnas, y que, una vez tomaron confianza en el sector y advirtieron un espacio vacío en el andén, se adueñaron de este, armando de cualquier forma tiendas de chucherías y baratijas chinas o taiwanesas, haciendo aún más difícil el tránsito de peatones y vehículos.

Todas aquellas calamidades domésticas y sociales las soporté con la displicencia de un sordomudo, hasta que se instaló en el apartamento contiguo un hombre de unos cincuenta años a quien siempre vi vestido de blanco y adornado con una larga cadena plateada que remataba a la altura de su ombligo con un dije redondo que contenía una estrella de David. Vivía solo y con frecuencia recibía visitas, incluso a altas horas de la noche, de hombres igual de misteriosos cuyas extrañas maneras me ponían los pelos de punta, aun cuando mi incredulidad respecto al oscurantismo es mucha. Me los imaginaba haciendo rituales demoníacos y ofrendas malsanas y bebiendo sangre de chivo en copas arcaicas. Una noche, al no resistir la tentación de saber de qué se discutía en aquellas sombrías reuniones nocturnas, me encaramé en una mesa y metí la cabeza por un hueco que había en el cielo raso, justo al lado de la pared que nos dividía a mí y a aquel curioso inquilino nuevo. No sé quién hablaba, pero imaginé que era mi vecino. Su voz de prédica se oía serena y confiada, decía:

Dios no es comunista ni socialista...no es, segurísimo que estoy, de izquierda. Es por el contrario un tipo descaradamente sesudo que todos los días se afana por poner a prueba la veracidad de la Ley de Say, esa premisa básica de la economía liberal. Así es, todos los días sin excepción, Dios, El Gran Macho Man del universo, busca la manera de demostrarnos con su sabia perspicacia que toda oferta genera una demanda. Vaya uno a saber si lo hace con propósitos altruistas o simplemente gobernado por el más depredador de los instintos capitalistas: la generación de más y más riquezas... Y es que me lo puedo imaginar, mejor dicho, puedo imaginarme su grande y barbuda cara de satisfacción en el momento exacto de terminar de crear este jodido mundo, y luego de suspirar complacido consigo mismo y con su obra, ordenarles a todas las criaturas del cielo y del mar y de la tierra que Él había producido satisfactoriamente, que se multiplicasen para deleite de su omnipotente ego. También a Adán, su pupilo que diseñó a Su imagen

y conforme a Su semejanza, le asignó esa misma incuestionable orden, para lo cual Él, Jehová, El Mandamás, le proporcionó como compañera reproductiva a Eva, quien aun habiendo sido extirpada de la costilla del propio Adán, se atrevió a repararlo y calificar al incipiente varón como un oferente de cualidades aceptables, y en consecuencia le demandó y le demandó y le demandó esperma por lo menos hasta que este tuvo novecientos treinta años y muriera, ojalá, es mi inocente deseo, que muriera feliz; y ojalá, debo decirlo, que haya muerto mientras tenía un orgasmo, lo cual, desde mi humilde punto de vista, hubiera sido lo más justo con él considerando que no había sido fabricado precisamente durante un coito. Pero bueno, la cosa es que Dios no es comunista ni socialista, eso es lo que les quiero dejar bien claro; Él no le para bolas a esa vaina a la que algunos sofistas izquierdosos llaman “comunidad de los medios sociales de producción”, como tampoco le interesa la tal planificación central hecha por el gobierno, ni pendejo que fuera, si para eso está Él, autor intelectual del Plan de la Vida, ese mismo cuyos principios fundamentales son la supremacía del más fuerte y la división del trabajo, y con eso, queridos hermanos, con eso el Señor Dios jodió a cuanto espermatozoide incompetente ha salido de un útero, desde el día remoto en que se le dio por pedirles que poblaran la Tierra.

El hombre terminó su discurso en medio de carcajadas de sus ‘hermanos de fe’, y luego de su intervención se dedicó a responder una serie de preguntas ingenuas cuyas respuestas yo conocía y que eran prácticamente las mismas que daba el predicador. De modo que abandoné mi posición de espía y me fui a la cama, donde me dormí pensando en la posibilidad de que mi vecino fuera una especie de excéntrico fanático religioso, cuya doctrina buscaba esparcir con la intención de ampliar los dominios espirituales de la secta que presidía.

Solo aquella vez me interesé por lo tratado en el apartamento de al lado, y no volví a tener consciencia de los asuntos que se guardaban del otro lado de la pared hasta que empezaron a suceder cosas extrañas. Primero fue una plasta de moscas que encontré posada sobre la ventanilla de mi baño que daba a esa suerte de cajón de aire muy común en los edificios; afortunadamente yo acostumbraba a dejar cerrada esa ventanilla y la cosa no pasó de un susto. Luego fue el olor fétido que empezó a emerger por todos los desagües del apartamento. Y, por último, el espantoso brote en mi piel que un médico al que aterrizado fui a ver, le adjudicó la culpa al agua con la que me bañaba. Entonces asocié, sin prueba alguna, pero sin necesitarlas, todos aquellos eventos con el vecino

extravagante, porque para mí, algo raro tenían que andar haciendo el vecino y sus secuaces del otro lado de la pared, rituales sospechosos que yo no tenía ganas de averiguar. Así que, sin mucho dinero, decidí mudarme lejos de ese lugar y me dediqué a buscar un apartamento desde donde pudiera ver el mar. Por suerte encontré uno sin demasiado esfuerzo.

De aquello han pasado ya siete meses, tiempo en el que malviví con un misérrimo sueldo de mesero en un restaurante del Paseo de Bastidas, donde al menos contaba con la cena segura que me despachaba a escondidas del administrador y siempre con la solidaria complicidad del chef. De manera que lo que ganaba apenas me alcanzaba para pagar la mensualidad del apartamento que había encontrado disponible frente a la bahía, donde siempre había anhelado residir. Aún sin dinero suficiente y además con el estómago medio vacío, busqué un trabajo decente durante varias semanas, siempre llevando debajo del brazo mi exigua hoja de vida laboral, en la que apenas acreditaba un solo empleo en el que había ejercido mi profesión: nunca encontré vacantes. Ese fue un período difícil porque los turnos que cubría en el restaurante de la bahía eran tediosos por mi decaído estado de ánimo, y durante las noches apenas si lograba conciliar el sueño, que se hizo cada vez más esquivo con el transcurrir de las noches. De vez en cuando pensé en el suicidio, pero no como lo haría una persona con la ideación de matarse, sino más bien de una forma concienzuda y matemática, donde cada motivo y cada justificación que encontraba eran las variables de una pródiga y abyecta fórmula de escape que bien podrían servir de excusa para mí, pero que, además, me proporcionaban las posibles razones de los suicidas de verdad; sin embargo, valga decirlo, nunca consideré la alternativa de materializar esos lúgubres pensamientos, y no por falta de voluntad, sino por esa pálida actitud mía de prescindencia, incluso de la muerte. En todo caso, la frustración y la desesperanza siguieron latentes y me llevaron a refugiarme en la Biblioteca Distrital, donde empecé a pasar los días comiendo libros desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde, cuando me iba a trabajar en el restaurante hasta las once de la noche. Adquirí en ese entonces lo que se conoce como una vida rutinaria y monótona. Lo curioso es que meses más tarde, cuando ya había logrado quedarme (fui el único candidato, y creo que el único que se enteró de la vacante) con el puesto de prestador de libros de la biblioteca, mi vida monótona y rutinaria fue sustituida por otra con sus propios hábitos y quehaceres mecánicos.

Es más, ahora que lo pienso desde el balcón de la distancia, esperar el arribo de Eva se me convirtió en un eslabón más de mi encadenada existencia rutinaria. Y es que desde que empecé a esperar su retorno, también me dediqué a fraguar mentalmente variadas escenas correspondientes al tan deseado reencuentro, el mío con ella, claro está; porque es que en eso hay que ser serio: el deseo podía ser solo mío, de mi parte. Ella, por el suyo, quizás ni se había tomado un segundo de su vida para recordar la cara de hacha trajinada del iluso prestador de libros de la biblioteca.

4

Los días pasaron y Eva no aparecía.

La norma en la biblioteca es que, transcurridos quince días, el prestador, o sea yo, debía comunicarme con las personas que hubieran llevado libros prestados y no habían ido a devolverlos. De modo que, por haber cumplido esa condición de prófuga culta, me vi obligado (como si realmente lo hubiera estado) a marcar el número de teléfono que Eva me había dejado en un trozo de papel, pero nunca respondió, y en esa circunstancia opté por dejarle un mensaje de voz indicándole el motivo de mi llamada. Como el préstamo que yo le había hecho no quedó registrado en el sistema, mi preocupación era mínima, y mi interés por verla de nuevo atravesando la biblioteca era mucho más personal que laboral.

Dos días después de haberla llamado, Eva apareció frente a mí. Yo estaba distraído, o hasta podría decir que concentrado, apilando los libros que ese día habían llegado por devolución. No la vi llegar, así que salté de la silla cuando escuché su voz tenue que reconocí de inmediato:

—Hola, señor presta libros.

Y sí, era ella. Al levantar la mirada descubrí su silueta abundante, su piel fresca y su mirada de miel. Vestía con una delicada sencillez una camisa blanca de tela suave, una falda verde hasta las rodillas y unas sandalias bajitas de hebillas plateadas. Todo en ella era sutileza. Incluso esa forma pintoresca pero siempre femenina de pasarse el bolso de una mano a la otra; y la infantil manía que empecé a descubrirle de peinarse con la mano, convencida de que lograba un buen resultado sobre su cabello. Sus ojos, en los que terminé sumergido por una especie de imantado encanto que me atrajo hacia ellos, aquel día iban al descubierto, y la ausencia de las gafas me insinuaba la puerta de entrada a su mundo. Me quedé pensando en eso un momento, hasta estar por completo convencido de que, detrás de su mirada, una esfinge ominosa acechaba con un acertijo, cuya resolución dejaba libre el camino hacia el corazón de Eva.

—He vuelto —habló de nuevo ella—. Para entregar el libro que me prestó.

—Pues, qué bueno —le respondí, disolviendo mis ideas sobre monstruos quiméricos—. Ya me empezaba a preocupar.

Detrás de ella se había posado un hombre viejo y regordete, de unos sesenta años, a la espera de su turno para prestar un libro. Yo, que normalmente asumía mi labor con celeridad de taquígrafo, me dediqué a atender a Eva sin afán y más con parsimonia, dispuesto a tardar con ella todo el tiempo que fuera necesario. El problema era que ella sí tenía otras cosas que hacer, cosas que yo desconocía y que, por supuesto, no me incluían, y de cuyos azares y pormenores yo podría no tener conocimiento jamás. Me entregó el libro sin demasiados aspavientos y esperó a que yo le devolviera la tarjeta de profesional que me había dejado en reserva, y le entregara su carnet de nueva afiliada; también le entregué el sobre marrón con sus documentos olvidados, lo que me agradeció con una enorme sonrisa pues, según me dijo, le acababa de salvar la vida. Guardó todo en el bolso y cuando, llamada por urgencias propias, se disponía a abandonar la biblioteca, le lancé la pregunta que me atragantaba desde que empecé a pensar en ella, diecisiete días atrás. La pregunta me salió patas arriba:

—¿Cuándo me invitas un café?

—¿Cómo dices?— respondió ella, naturalmente confundida.

Sorprendido por mi propia torpeza solté una risita nerviosa, luego de la cual traté de recomponer mi integridad de homo sapiens profesionalizado con la pregunta correcta.

—Quise decir: ¿Cuándo me aceptas invitarte un café?

Sin exaltarse, repuso:

—No acepto invitaciones de extraños.

Ya empezaba a marcharse de nuevo cuando le insistí con una observación tan improvisada como abstracta.

—Precisamente por eso, así podríamos conocernos. Y, de paso, me pagas el favor que te hice.

El viejo rechoncho, que ya se había plantado frente a mi escritorio para que yo le atendiera, observó la escena impasible y expectante. Los dos, él y yo, contuvimos la respiración y aguardamos la respuesta de Eva, que salió de su boca como una dulce bendición.

—Listo, solo por eso acepto. Pero tendrás que invitarme otra cosa, porque yo no tomo café.

Me pareció tan fácil que me quedé mirando lejos, a la espera del fin del sueño; pero no, no soñaba.

Al día siguiente la cita se concretó. Desde hace mucho tiempo mi desnutrida billetera solo me ha permitido hacer gastos de mínima cuantía, aunque de haber tenido disponible mi sueldo en el bolsillo seguramente no habría dudado en desmigajarlo todo con Eva; así que, para aquella tarde, ante la precariedad de mi estado económico, había resuelto que lo mejor era citarla en el Café del Parque, a solo treinta metros de la biblioteca, con lo cual además me evité gastar innecesariamente dinero en transporte.

Por aquellos días el Café del Parque era el sitio de congregación predilecto de artistas y de intelectuales *amateurs*. Todavía hoy sigue siendo un lugar desprovisto de techo y su mobiliario lo constituyen aún redondas mesas de hierro de cuatro puestos (las sillas también son de hierro) alrededor de una pequeña piscina circular de cuyo centro se erige una columna en forma de cardumen de piedra rematada por una flor de lis que hace de fuente, pero de la que no sale ni pisca de agua. A un costado de la entrada se dispone de una plataforma de cemento sobre la que, periódicamente, en el pasado se ofrecían todo tipo de eventos, por lo general recitales de poesía y miniconciertos de jazz, y hasta presentaciones de libros de autores locales. Con la llegada de Juan Valdéz como administrador del lugar, la cultura de la ciudad se fue a la mierda remplazada por el consumismo vicioso que horada bolsillos y produce gastritis a precios de ricos.

En efecto, Eva no tomó café, y solo pidió agua. Yo me desparramé en silencios tan largos que me dejaban sin aliento mientras ella hablaba hasta por los codos con una facundia de turpial. Contó que había nacido en Bogotá, en una familia de periodistas locutores de radio de la que me narró historias

que parecían, más que salidas de sus recuerdos, el producto de anhelos imperecederos, abonados con añoranza y nostalgia, y de los cuales pude notar que también ella se sorprendía al recordarlos. Le escuché cada palabra como si tomara notas de clase, apenas distrayéndome un poco cuando tomaba un sorbo de café.

—Mi papá —me dijo con su voz más seria y dulce— era profesor de periodismo en la Universidad del Rosario antes de terminar en Cartagena como Director Seccional de una emisora grande que cubría noticias de todo el país.

Pero su padre murió un año más tarde de su llegada a Cartagena, cuando ella ya tenía catorce. Su madre, una cachaca pecosa que al principio pasaba a toda hora refunfuñando por el calor bochornoso de la ciudad, decidió que se quedarían por lo menos hasta que Eva terminara sus estudios de secundaria en el Colegio de La Salle. Sin embargo, el mismo día de su graduación, apelando a una dulce racionalidad, la joven convenció a su madre de que lo mejor era quedarse en esa ciudad que las había acogido en cuerpo y alma. Y para qué irse si podían ser felices allí más que en la fría y enclaustradora Bogotá. Su madre lloró sin amargura porque sabía que ella tenía razón, que no había motivos concretos para partir y mucho menos cuando ya estaban completamente adaptadas a la vida en el Caribe, y les gustaba, pues con el tiempo aprendieron a soportar las horas caniculares y a disfrutar de las brisas alborotadas que se derramaban por las calles de la ciudad heroica, donde, desde su arribo años atrás, se establecieron en una bonita casa de pasillos inspiradores, un balcón privilegiado con una magnífica vista hacia el Baluarte de Santo Domingo, cuartos frescos y un patiecito afable de altivas begonias y trinitarias disciplinadamente abrazadas a los horcones y las paredes. De manera que sí, se quedaron. Una decisión que además resultó más fácil dado que su madre había conseguido un trabajo estable y bien pago.

Al terminar el último año escolar, varias de sus compañeras de colegio se marcharon a Estados Unidos, algunas como el regalo de graduación de sus padres y otras a realizar estudios en prestigiosas universidades; mientras que Eva se conformó con ingresar en la carrera de Historia en la Universidad de Cartagena, menos por gusto y más por la apretada economía que empezaron a tolerar y que les obligaba a ella y a su madre a desistir de ciertos privilegios pequeñoburgueses que antes eran tan comunes para ellas, dado el relieve de

la dignidad de su padre; así que con el tiempo dejaron de asistir a varios de los eventos sociales a los que año tras año fueron invitadas, hasta que más de la mitad de las familias de la media y alta alcurnia se cansaron de no verlas en sus grandes festejos y dejaron de convocarlas.

Eva paró en seco. Dejó de hablar y me miró como si yo la hubiera interrumpido, parecía cansada de hablar de su vida. Qué desgracia. Se calló y me tocó hablar a mí que no tenía muchas ganas, pero lo hice, más para evitar que me dijera que ya se iba, que tenía cosas que hacer, que alguien la esperaba en otro lugar. Lo primero que se me vino a la mente fue contarle las calamidades de la ciudad, que ella poco conocía, pues solo llevaba tres meses viviendo acá. Y entonces le dije de lo difícil que se estaba poniendo la vida por culpa de tanto político torcido, que en cuatrocientos y tantos años no habían hecho ni miércoles que la historia o el pueblo les reconociera. No más basta salir a las calles, le manifesté, para uno darse cuenta de la realidad: si llueve todo se inunda, y si no llueve uno tiene que andar con sumo cuidado porque tanto mototaxi circulando produce un caos infernal, y eso sin contar que los rateros y sicarios se camuflan entre los que andan llevando pasajeros en moto para cometer sus fechorías. Y nada hacen los alcaldes para solucionar esta vaina o, mejor dicho, lo único que hacen esos pícaros es pasarse la pelotica cuando se les acaba el período de gobierno.

Eva me escuchó (creo yo, entretenida) la sarta de reclamos sociales que mi alma supuraba, mientras que yo por dentro me preguntaba si de verdad me estaba escuchando o si solo simulaba hacerlo. En cualquier caso, seguí hablando como cotorro. Y pues de qué otra cosa más podía hablarle sino de Lucía Esquivel, si es que hasta yo me la pasaba hablándome de ella en mis horas de aislamiento social.

—Ella fue una novia que tuve y que me abandonó un día porque sí, solo por eso, en serio. Se llama como su madre, nombre y apellido, y bastará decirte que, porque quería, también solía presentarse únicamente con el apellido de su santa progenitora, que la trajo a este triste mundo el mismo día que el M-19 formó el zaperoco en el Palacio de Justicia de Bogotá, cuyos pormenores escuchaban todos en su casa durante el nacimiento de la niña, por un radiécito de baterías doble A que su abuelo materno nunca apagaba. En ese momento, al salir del útero, a Lucía se le metió por los oídos, para no salir nunca más

(y sin que ella fuera consciente en el acto), la palabra revolución, revolución marxista, revolución marxista-leninista. Y para que te vayas haciendo una idea de ella —le dije a Eva— y de cómo piensa, hasta zurda nació. Lucía es de piel morenita como del color de la tierra mojada porque es lo único que le quedó de su padre, herencia perenne, y los ojos son de ella, eso sí, y de nadie más, tan negritos tan negritos que la partera que la extirpó del vientre materno, cuando se los vio, se asustó tanto que casi que grita que era hija de un incubo, que no tenía pepas blancas como todos los recién nacidos de todo el mundo; pero sí las tenía, mejor dicho, sí las tiene, rodeando dos hermosos puntos oscuros. Y su cabello también es negro, fuliginoso, como de ébano fluido que se chorrea profuso sobre su espalda. Con cada descripción yo hacía gesticulaciones con la cara y las manos, enfatizando en cada cosa.

—¿Y por qué te abandonó?— me preguntó Eva con afilada curiosidad.

Yo me lo vi venir. Desde el momento mismo en que solté esa confesión, presentí que ella necesitaría que se lo aclarase. Por eso, de inmediato preparé una respuesta un tanto flácida, hipócrita, obtusa.

—Porque nunca nos comprendimos. Quiero decir, a nosotros mismos: ni ella comprendía su vida, ni yo la mía. Nos encontramos en el momento menos oportuno de nuestras existencias. Vivíamos buscando de manera individual significados en todas partes, interpretándolo todo cada uno a su manera y desde miradores casi siempre opuestos. Necesitábamos de esas indagaciones subjetivas para poder construir un plano objetivo común para los dos. Era como si buscáramos la explicación exacta del porqué estábamos juntos, o de qué nos había llevado a confluír. Al final fue demasiada metafísica, pero más que nada a ella se le acabó el amor, por eso se fue, y menos mal para ella.

Eva no insistió. Guardó sus insinuaciones y me dejó en paz con ese tema. Por fortuna, pues ya me empezaba a dar gastritis el café revuelto con el dolor del abandono de Lucía.

Ahí terminó aquel encuentro con Eva. Cuando yo dejé de hablar suspiró y se acomodó sobre su hombro derecho la mochila arhuaca que había llevado.

—Bueno —dijo— me gustó mucho hablar contigo, pero me tengo que ir.

Y se levantó, miró su reloj como para demostrarme que su marcha era justificada por razones de tiempo. ¿Tendría otro compromiso? ¿Vería enseguida a otro hombre? ¿Un novio quizás? ¿Marido? ¿Era casada? Quién sabe. Ni siquiera lo pensé demasiado, porque ella se levantó de golpe, se me acercó y me dio un beso de despedida en la mejilla, y fue allí, precisamente allí, cuando pude sentir por primera vez la límpida dulzura de su aroma natural: sándalo.

Ya solo, me desplomé en la silla y me tomé de una el resto de café que quedaba en el vaso; recosté la cabeza al respaldo, los ojos plenamente abiertos, la mirada perdida y, plácidamente, aspiré hasta el fondo, y enseguida solté un lacónico suspiro que pareció más una expiración, una exhalación fatal y lastimera que solo pudo revertir el fugaz recuerdo del sándalo, el prodigioso aroma de Eva.

Ese fue el primer milagro, y luego se sucedieron más y más a medida que mi vida comenzó a tomar ese rumbo imprevisto que me arrastró sin remedio, paulatina e inexorablemente, a tomar la decisión de asesinar a un hombre. Si en aquel instante, desde esa silla del Café del Parque hubiera presagiado aunque fuera apenas una línea de ese futuro mío que me esperaba en el futuro de la vida, de seguro habría empezado a fraguar todo tipo de situaciones que hicieran que esa decisión se precipitara sobre mí, mejor dicho, el momento mismo en el que tendría que decidir, solo para tener el placer de sentirme engendrador del mal, homicida de pensamiento, conspirador sin más patria que mi mente perversa, pero también tenazmente dubitativa, en sumo incapaz de coagular ideas para la perpetración de un crimen, mucho más para su consumación.

5

La siguiente vez que vi a Eva, ocurrió dos semanas después de nuestro primer encuentro en el Café del Parque. Me tocó rogarle para que me dejara invitarla a tomar, esta vez no café, tampoco agua, esta vez cualquier cosa que tuviera alcohol. Yo había recibido la paga de mi sueldo del mes y estaba dispuesto a sacrificarlo todo con ella. Ya después vería yo cómo solucionaba lo pertinente al pago del arriendo y mi comida. Fuimos a Crab's, todo un lujo para mi modesto bolsillo. Eva pidió una cerveza, igual que yo. Yo tomo lo que tú pidas, fue lo que dijo.

¿Y de qué hablamos? Pues de ella, otra vez, porque se disparó a contarme su vida. Y entonces supe que tuvo su primer novio a los veinte años, cuando cursaba noveno semestre de Historia en la Universidad de Cartagena y no resistió por más tiempo las galanterías del perseverante cortejo de Mario Arango, un célebre beisbolista universitario de último semestre de ingeniería. Fue una relación sana y formal; ella llegó a quererlo como no se lo imaginó y después de cuatro meses aceptó acostarse con él, dejándole bastante claro que era su primera vez y que de él dependía que siguiera haciéndolo. Sin embargo, antes de cumplir el primer aniversario de noviazgo, ella empezó a desprenderse de sus sentimientos y las dudas se transformaron en convencimiento. No entendía qué le había pasado por dentro (en su cabeza y en su corazón) y tampoco conocía el destino que tomaron tantas sensaciones que de un momento a otro dejó de sentir por Mario, quien, por supuesto conmocionado, trató por todos los medios a su alcance de reconquistarla sin conseguirlo; y es que ya las cosas no dependían de él, ni siquiera de ella, puesto que ni para sí misma lograba encontrar explicaciones. Fue, de todas las formas imaginables, una época difícil que Eva logró sobrellevar, porque descubrió la poesía.

Sucedió un día en que, por curiosidad, decidió asistir a un evento de lecturas de poesía organizado por un atractivo profesor de literatura llamado Efraín Núñez. Desde aquella tarde empezó a pasar sus horas libres en la biblioteca, ingurgitando libros y escudriñando en las bibliografías de sus conspicuos autores. Al cabo de unas semanas, se atrevió a pasar al frente y recitar a Silva, después a Vallejo, luego a Benedetti, también a Montejó y, como era apenas natural, a los reputados Poetas Malditos. Ciertamente es que, debido a esta nueva faceta de su vida, se volvió más retraída y, en consecuencia, desinteresada por

cualquier cosa que no fuera la historia o la poesía y, con insolente desprecio, rechazó sin atenuantes toda pretensión amorosa que le hicieron por aquel entonces.

Percibí cierta turbación en Eva al llegar a este punto. Ella, aparentando recuperarse, me pidió salir de allí y buscar otro lugar para seguir hablando. Caminamos poco porque a ella le gustó un pequeño bar justo en frente del Parque de los Novios, cuya pancarta sobre la entrada lo rotulaba con el nombre de *Marley*. En su interior, el local estaba decorado con discos de acetato pegados en las paredes blancas y, como ambos lo habíamos supuesto (aunque no lo mencionamos), con fotografías de Bob Marley y banderas jamaquinas de diferentes tamaños. Yo dejé que eligiera dónde sentarnos y ella, luego de estudiar el lugar, se decidió por una mesa en un rincón. Allí nos sentamos. Enseguida pedimos dos *shots* de ron. Tras un minuto en el que pareció tomarles la medida a sus palabras, ella empezó a hablar de nuevo.

—El asunto es que con la poesía también descubrí lo malo del mundo, lo malo de la gente.

Un mesero ágil apareció y dejó sobre la mesa los dos vasos de ron. Eva tomó un sorbo que le quemó hasta el alma (eso refunfunó llevándose la mano al cuello) y añadió:

—¿Ya te dije que había terminado con Mario, cierto?

—Si, dijiste que antes de cumplir un año de novios.

—Claro.

Ella estaba nerviosa y dubitativa, como si quisiera confesar algo terrible que llevaba atragantado desde la infancia, como un pecado del tamaño del que debía de tener el Original.

—Si crees que hay algo que yo no necesite saber no tienes por qué decirme—dije, tan hipócritamente que todavía hoy siento remordimiento.

Ella me miró con la desconfianza con la que se mira un aviso de PARE o un semáforo en amarillo, y de repente dijo:

—No, no, no... dejame y te cuento.

Y me contó, sin consideraciones, un cuento triste, una tragedia, una de esas historias que hacen detestar la vida y cuanto ser vivo camine, nade, vuele, o se arrastre. Mientras la escuchaba, atento y sorprendido por lo vil de la trama, estuve a punto de perder una indómita lágrima. Pero no salió, es normal, soy una piedra. Ya me lo había dicho alguna vez Lucia Esquivel.

6

Eva no contesta el teléfono. He intentado tanto como un acosador de *vedettes hollywoodenses*, pero ella no me responde. Estoy muy cansado, matar a alguien agota, desnubre, desalma. Realmente, siento insondables ganas de llorar, desaguarme en llanto y gritar lamentos injuriosos contra este puerco mundo. ¿Por qué carajos Eva no contesta el puto teléfono? ¿Qué cosa más importante puede estar haciendo que no me responde? ¿Denunciándome en la Fiscalía? Por qué no. Quizás ese fue su plan siempre y marica yo que caí, pendejo yo que le seguí el juego y maté a Efraín por ella; a ese pobre viejo que no esperaba morir a punta de golpes propinados con la misma cabeza de yeso con forma de su supuesto tatarabuelo, el presidente Núñez.

Ni siquiera hambre tengo, a pesar de no haber probado comida desde la mañana. Hace un rato empezó a llover, fuerte, duro, terriblemente, como suele ocurrir acá en los inviernos, cuando caen esos chaparrones que hacen desastre en Santa Marta, que inundan las calles y provocan que el río Manzanares se salga de madre y arrase con lo poco que tiene esa pobre gente que, precisamente por eso, por pobre, ha terminado viviendo en casas casi que dentro del mismo cauce del río. Pobre gente, lo único que a veces les queda es la ropa que llevan puesta cuando se les viene encima la creciente. Los ve uno, mujeres y hombres, niños y viejos, y hasta perros y gatos, encaramados todos en el techo de las casas (de las que logran quedar en pie), poniéndose a salvo de la desquiciada naturaleza. Y uno desde lejos diciendo lo mismo, repitiendo lo de siempre: pobre gente. Como si de verdad esa quejadera sirviera o ayudara o resolviera la catástrofe social que padecen cíclicamente, año tras año, invierno tras invierno.

Maldita esta vida cuando el Manzanares se desmadra, y maldita vida la mía, maldito que estoy yo más bien, que desde que tengo memoria no dejo de embarrarme de fango los pies y las canillas y la barriga y hasta el cuello. Así ando yo cada tanto, para después no parar de lamentarme y de echar excremento sobre todo lo que me rodea, sea bueno o malo, que al final termina siendo todo malo, pésimo, insalvable. Pero ajá, luego toca zambullirse en cualquier charquito de agua medio limpia y lavarse lo mejor posible, para estar presentable por si se aparece la salvación, ya sea en forma de Jesús o de Duquesa de Alba. Lo digo porque para mí la salvación sería, así me la he

soñado siempre, femenina y de unos sesenta años y todavía de buen cuerpo, y para más detalle: viuda. Incluso si es solterona puede salvar. Esa salvación, insisto, para mí, debe tener mucha plata, o la suficiente para que me mantenga en completo estado de despreocupación, solo concentrado en parir versos y poemas enteros, que después publicaría en varios libros con la misma plata de esa cuchibarbie que me absorberá el colágeno por la pinga... bendita transacción...

Sigo sin saber qué hacer, solo entre estas paredes de mi apartamento, apartamentucho realmente, porque no es nada del otro mundo: una salita donde también adecuó la cocina entre sillas plegables y una mesa de plástico rojo, un cuarto de baño amplio, y una habitación que es lo único que vale la pena porque tiene una ventana que da a la bahía, esa misma de aguas putrefactas donde se crían mosquitos portadores de enfermedades venéreas y que la gente todavía tiene el descaro de llamar la más bella de América. Tampoco tengo ganas de dormir y, para rematar, me ha empezado a doler la cabeza otra vez, y otra vez detrás de los ojos. La gente siempre dice: ay, pobrecito, lo mataron y tan bueno que era. Pero nadie piensa en el asesino, nadie tiene palabras de lástima para él, como si matar fuera algo tan sencillo, y vivir con un muerto encima fuera un honor, como cargar una Cruz de Boyacá o recibir un diploma Suma Cum Laude de alguna universidad pupi. Quiero dejar testimonio en este informe de que un asesinato es peor para el que lo ejecuta que para el finado. Y me refiero solo a los casos en los que los perpetradores somos una especie de justicieros al servicio de la pasión y del amor. Por supuesto que en esto no incluyo a paramilitares sanguinarios o guerrilleros salvajes o delincuentes desequilibrados, cuyos actos terroristas sin remordimientos no son más que propios de la barbarie y la locura que carcome sesos y almas. Los de esa calaña lo que son es unos chiflados, unas bestias. Bestias los Castaño, bestia Garavito, bestia el Mono Jojoy, bestia Escobar, y bestias todos esos fantoches del Ejército y de la Policía que matan y matan con la aquiescencia del Estado. Bestia el Estado entero que también nos convierte en bestias a nosotros con esa educación de pacotilla que nos ofrece.

Esto debe ser lo que se conoce como las horas del *delirium tremens*. Porque es que siento una vaina maluca que desde hace un rato me está produciendo en todo el cuerpo continuos pinchazos en las articulaciones. En mi reloj de pulso son las dos de la mañana ya y me le quedo mirando con desconfianza,

pues hasta hace poco eran las diez de la noche del domingo. Caigo en la cuenta de que me dormí casi cuatro horas; sin percatarme me fundí en un sueño tan fácil que parece haber durado apenas minutos y que no ha hecho efecto en mí, puesto que sigo cansado y con el fastidio que se me metió en el cuerpo como un espíritu nefando desde que le di certeros golpes a Efraín, a quien maté como a las culebras: machucándole la cabeza.

7

Ahora (hoy) son las ocho de la mañana. He dormido poco y los ojos me arden, siento los parpados agrietados por dentro. La biblioteca a esta hora está vacía, solo deambula por las salas el personal interno. Yo, desde mi puesto de prestador los veo a todos, padres de familia algunos, cuyo empleo es acomodar libros en estanterías siguiendo una nomenclatura de números y letras. A veces se reúnen por unos minutos y hablan un poco de sus vidas y de sus problemas domésticos, o de lo tercermundista que sigue siendo nuestra sociedad, la de Colombia, la de Santa Marta; y hasta hablan un poco del trabajo. Porque quién no, si es que de eso es de lo que habla todo el mundo, pero más de lo mal que va esta ciudad, llena de delincuentes, empezando por los que la gobiernan, esa recua de sanguijuelas aristócratas de cuello blanco descendientes de la nobleza española, que llevan casi quinientos años engordándose a costa de la plebe decente y de los turistas y de los gamines. Esa gente quiróptera que se alimenta de los demás merece ser exterminada, y para eso está la otra, la bandida y criminal, que ahora se denomina Bacrim y que anda por toda Colombia matando y secuestrando y extorsionando a riquillos y acomodados que casi siempre son los mismos que gobiernan, ojalá sigan, para que los aniquilen completicos y equilibren un poco el desnaturalizado ecosistema humano. Y ojalá que empiecen pronto en Santa Marta. Lo digo sin resentimientos y absolutamente consciente de que al decirlo me pueden tachar de bandido también, pero qué importa, qué carajos, me sobra con saber que no lo soy y que nunca lo he sido, y que mucho menos he patrocinado el bandidaje con plata, pues ni para comer bien tengo.

Aunque bueno, creo que resulta conveniente añadir a este relato un suceso que se puede prestar para confusiones y pintarme como un parlero que habla lo que habla porque ya tomó partido: hace unos meses estuve metido en una especie de conspiración caribeña que orquestó un amigo, de esos que me dejó mi transitoria comunión con Lucía: él se llama Ezequiel Vásquez y es profesor en la misma universidad en la que trabaja Eva. Él me había buscado para que le ayudara en la carpintería intelectual de su cruzada inspirada en las ideas de Jaime Bateman Cayón, el popular Comandante Pablo, “El Flaco”, jefe de la desaparecida guerrilla M-19. Y yo le di la mano sin tener realmente la más mínima afinidad política con Ezequiel y sus discípulos izquierdosos. Todo lo que yo tenía que hacer era redactar el manifiesto que plasmaba la propuesta

política de El Flaco como candidato a la alcaldía de esta antigua y menesterosa ciudad: una locura, pues nuestro candidato, o, mejor dicho, el candidato de mi amigo y su séquito de locos, era nadie menos que un muerto.

—Mira nene —me dijo con desfachatez cuando yo me reí de su chifladura— ese es el punto de la discusión: si en Colombia votan los muertos, ¿por qué no podemos tener un candidato muerto?

Tenía razón. Demostrado estaba que los rufianes del país, o sea los políticos desde el presidente para abajo, una vez descubrieron el truco de las cédulas difuntas, han ganado cuantos comicios se les ha atravesado con la ayuda involuntaria de miles de electores de ultratumba. Así que le dije que sí y redacté entonces una propuesta titulada *La certeza del amor: 19 razones para votar por Bateman*, en la que se daba una breve reseña del candidato y se proponían diecinueve puntos que eran la solución de todos los males de la ciudad. Al menos eso creía yo, según lo conversado con Ezequiel y lo que pude entender de sus propósitos y su afán de protesta política y social.

Y, en consecuencia, colectivizamos esa especie de manifiesto en una reunión en el apartamento de mi amigo. A decir verdad, solo fui con la esperanza de ver a Lucía, quien también hacía parte de ese concilio zurdo, pero ella nunca apareció y por eso mi desilusión fue suprema. La reunión fue secreta y la verdad parecía una conspiración guerrillera. De fondo sonaba música de Silvio Rodríguez, Víctor Jara, Mercedes Sosa, y hasta de Calle 13, y no podía haberse llevado a cabo en otras circunstancias, porque, aunque todos los presentes, excepto yo, eran miembros de partidos o movimientos sociales de izquierda, ninguno había cargado en su vida un fusil. Pero ese cuento no se lo iban a creer los paracos del DAS y, si nos hubieran infiltrado o descubierto aquella noche, nos habrían sacado las tripas a golpe en algún cuartucho de interrogación. Así son las cosas en este país, donde la izquierda desarmada siempre ha sido asociada con los grupos guerrilleros de los que, en Colombia, por lo que se sabe abiertamente, a la fecha sobreviven por lo menos tres: las FARC y sus discidencias, el ELN y el EPL. De modo que cualquier persona con tendencia hacia la izquierda, el comunismo, el socialismo, o incluso el anarquismo, es ineluctablemente vista con desconfianza y escozor, algo de lo que desde hace apenas algún tiempo han escapado los liberales, cuyas ideas fueron a todas luces el germen de la defenestración que siguió a la

búsqueda de la reivindicación social iniciada en abril de 1948, y la cual aún no aparece por ninguna parte, ni aparecerá si el bellaco de Uribe sigue creyendo que Colombia es el patio trasero de una de sus fincas. Por esta y otras razones no menos veraces, por lo menos en esta ciudad, la izquierda procura siempre buscar espacios íntimos para la disertación de sus ideas y la reminiscencia de las gestas históricas de sus prohombres.

Recuerdo que aquella noche en el apartamento de Ezequiel también hablaba uno de sus discípulos, un hombrecillo gago de largo pelo lacio que le caía sobre la cara, y que en su perorata magnificaba la lucha estudiantil contra las reformas educativas promovidas por el gobierno y evocaba las hazañas de sus iguales en Chile; y con su afligido tono de voz y gestos cansinos, impelía a sus contertulios con sendas consignas de insurrección universitaria.

Ezequiel era sin dudas el gran contraamaestre de aquella fraternidad semirevolucionaria. Era alto y flaco como un asta, parlanchín y pacífico a pesar de su insurrecto espíritu de cuarenta años, y paradójicamente amante empedernido de la coca cola, el agua sucia del imperio capitalista que el barbón de Cuba había prohibido en su pequeña monarquía socialista. No había nadie a quien Ezequiel no le contara que adoraba los vallenatos viejos y los audiocuentos de David Sánchez Juliao, de los que no se escapaban de oír ni sus alumnos de Introducción a la Economía. Allí en su casa les hablaba a todos con cierta autoridad y sus intervenciones eran escuchadas con exagerada atención: todos eran o fueron estudiantes suyos. De manera que no había nada de raro en la actitud de aquellos muchachos que de alguna manera apenas empezaban el camino que Ezequiel ya había recorrido, y del cual parecía con cada argumento esbozado estar haciendo de regreso: el camino de la resistencia social. Y en efecto, Ezequiel estaba de vuelta. Antes de terminar dictando clases en esa pequeña universidad de una ciudad de la costa Caribe colombiana, había recorrido medio mundo comunista para conocer más de lo que estaba seguro hablaría el resto de su vida, aunque por obvias razones, completamente consciente de que hablar en voz alta en este país sobre algunos temas podría costarle la vida, tal cual le sucedió a tantos otros prosélitos de las ideas de Marx y de Mao.

Y recuerdo que cuando ya terminaba aquella asamblea de zurdos, Ezequiel tomó de nuevo la palabra y dijo:

Este país ya no padece un conflicto entre liberales y conservadores, no, nada de eso. Esta vaina ha pasado a ser una cosa monstruosa que se ha transfigurado en una lucha entre los pobres y los ricos. El Flaco lo dijo en una entrevista hace muchos años y eso no ha cambiado ni un pelo; seguimos presenciando la misma confrontación entre capitalistas depredadores que tienen mucho que perder, y demócratas oprimidos que ni siquiera tienen algo que defender, excepto sus derechos. Estamos metidos en una guerra que solo puede tener un final político y eso no lo ha querido entender ningún presidente, ningún senador, nadie, y cuando algunos tratan de buscar salidas negociadas al conflicto entonces son señalados de guerrilleros y aliados de terroristas. Existen demasiadas desventajas para los que queremos un país mucho más incluyente y mucho menos pobre —y remató con una frase que me gustó mucho pero que él no dio para recordar de quién era—: “Es necesario comprender quién pone en práctica la violencia... si son los que provocan la miseria, o son los que luchan contra ella”.

Y otra vez Ezequiel tenía razón. Era cierto y aún lo es: Colombia está llena de depredadores, la mayoría lagartos que se despresan incluso entre ellos, siempre lo han hecho, desde la independencia de los depredadores españoles, cuando no sé a qué insensatos se les dio por autodenominarse Santanderistas y otros se llamaron a sí mismos Bolívarianos. Después, otros no menos majaderos decidieron calificarse de Conservadores unos y de Liberales el resto. Y ahí se jodió todo. Se empezó a desangrar la Patria, pero en arroyos, como los de Barranquilla. Tanta sangre se ha derramado en qué sé yo cuantos años, veinticinco, cien, quinientos, y de nada han servido los muertos, ni siquiera para que los cuenten porque nadie en esta tierra de palurdos y desmemoriados sabe con certeza cuántos han sido, y no sería para extrañarse que en cincuenta años se diga en las calles y en los colegios y hasta en el Congreso que eso nunca pasó, que son inventos de la gente, que es una leyenda, o un mito como ha quedado siendo la masacre de las bananeras. Llegado ese momento yo me echaré a reír, en la cárcel o en una banca del Camellón, y recordaré, para quien pueda escucharme, que yo lo dije hace cincuenta años, y escrito está para que las presentes y futuras generaciones lo leyeran. Revisen y verán; busquen el informe que lo corrobora, o sea este, en el que empecé hablando de Eva porque lo que me ocurrió con ella es lo que me interesa que se sepa. Pero a ella, aún a esta hora, las doce del mediodía, no le ha dado la gana de responderme y el teléfono suena y suena y nada que sé de su vida...

Volviendo al cuento con los izquierdosos, a eso de las dos de la madrugada la mitad del grupo que había ido a casa de Ezequiel andaba con él recorriendo las calles de la ciudad, pegando en postes, paredes, y árboles, afiches alusivos a la campaña política de Jaime Bateman Cayón. Yo, desde la distancia, en el asiento del copiloto del carro de mi amigo, los vi ejecutar cada movimiento rápidamente cuidándose de no ser detectados por la policía, como si en verdad se tratase de una operación insurgente al mejor estilo del eme.

Entre acompañar esa gesta ingenua y ser un bandido, se extiende un trecho oceánico. Más con los que auspiciaron el traqueteo de las balas y el estropicio de las motosierras.

8

Resulta que por los días en que yo conocí a Eva, casualmente también conocí a Liliana Zequeira. Fue una noche a las siete en *Bristol*, un barcito en el Callejón del Correo, simple pero acogedor, dónde yo solía ir a escribir mis poemas cuando, en romería, las musas me visitaban y me sorprendían, casi siempre, al terminar mi jornada de trabajo. Esa noche también fui con ese propósito, porque me habían caído del Olimpo, en sincronizado asalto de paracaidistas, Calíope, Erato y Melpómene, y con ellas alborotadas llegué a aquel bar. Como de costumbre me senté en la barra y pedí una cerveza, saqué del bolsillo de mi camisa una libretica de notas y, mientras esperaba que me sirvieran, hice un recorrido con la mirada por el establecimiento.

Solo había una persona, una mujer, sentada en una silla del fondo, concentrada en libar un cigarrillo a pesar de que, justo detrás suyo, una placa blanca con una imagen roja avisaba de la prohibición de fumar adentro. Ni al barman ni a la mesera parecía importarles la desobediencia civil de la mujer. Me estaba mirando. Desde que puse un pie en el bar clavó en mí sus grandes ojos de almendra. Al encontrarnos con la mirada explotó los labios hasta formar una sonrisa límpida, y entonces me di cuenta de que ya la había visto antes, que la conocía de otros lugares, pero ahora mucha más dueña de su pletórico cuerpo, como si tuviera consciencia plena de que este representaba una batería equipada con armas de todas las raleas y calibres. Tomé un sorbo de cerveza y me fui hacia ella con la botella en la mano y guardé de nuevo la libretica. Liliana no se turbó ni un ápice y permaneció sentada, chupando el cigarrillo como si se encontrara sobre la luna: sola y en apacible aislamiento. Llevaba puesto un delicado vestido blanco, el pelo rojo recogido de modo sutil con un gancho dorado, y unas sandalias de un cuero también dorado que se le enredaban piernas arriba como criaturas vivas. Era obvia su actitud de Diosa Olímpica y por tal razón procuré no hacer mención al respecto: me limité a sentarme frente a ella, contemplando su irrefutable belleza y su indolente majestuosidad.

—¿Estás sola?— le pregunté después de un instante.

—Sí, solita, como el cuerno de un unicornio.

Apenas atiné a asentir como un autómeta.

—¿Por qué tengo la impresión de que me temes?— preguntó ella.

Antes de que yo le respondiera cualquier cosa, ella volvió a tomar la palabra.

—¿No te ha pasado que llegas a una calle solitaria y en mitad de esta hay un perro, y tú te detienes por un instante, pesando y midiendo el peligro (porque el hecho aparenta ser peligroso)? Luego tus ojos se encuentran con los del perro, percibes en los del animal cierta intención maleva, casi delincencial. Calculas todas las posibilidades del riesgo y al final, como atraído por el mal, caminas en la dirección que inicialmente llevabas y, justo cuando pasas a un costado del perro, ves asomarse entre sus mandíbulas unos colmillos de criminal incipiente y escuchas un sutil rugido, y, cuando aún puedes percibir el olor del mal, ya no estás cerca del perro, estás solo, lejos y cada vez más lejos... ¿Sabes por qué?

Hubo un silencio, tras del cual respondí:

—Creo que es porque el mal no está en el perro, sino en uno, por eso el olor aún persiste cerca.

—Exacto —Liliana parecía excitada y complacida por mi respuesta. Sacudió un poco la mano y una ceniza ardiente se desprendió del cigarrillo y cayó al piso en forma de tierna lluvia de flamas—. El animal solo reacciona por miedo, porque en realidad tú eres más peligroso para él de lo que él se supone para ti.

Yo intuía que aquella parafernalia metafórica tenía un propósito más digno que el de estimularme la imaginación.

—¿Y entonces?— dije.

—Entonces... ¿Por qué me temes? —preguntó nuevamente Liliana— ¿Por qué te detienes y me miras? Y luego, ¿por qué caminas hacia mí aún con el miedo encima?

Era cierto, la metáfora hasta el momento era apropiada. Pero yo no estaba completamente seguro de que sintiera algún temor hacia Liliana. Más bien, la sensación que ella me producía era de incertidumbre. Así que dije exactamente eso.

—Más bien lo que me produces es incertidumbre.

Dejando la colilla del cigarrillo sobre el cenicero de la mesita de al lado, Liliana sonrió, luego repuso:

—¿Estás seguro?

Volví a asentir, aunque inmediatamente ya no me parecía apropiado el apelativo con el que rotulé la sensación que me producía esa mujer. Tal vez estaba exagerando. Callé.

—Okey —suspiró Liliana, conforme—. Tú en cambio sí me das un poco de desconfianza... en eso soy sincera. No sé con exactitud por qué, pero me siento como ese perro que nos imaginamos en la calle: solitaria, frente a ti... como estamos tú y yo en este momento. Así es, no me mires así, te hablo en serio.

Ella, sin embargo, sabía perfectamente que también tenía poderes subyugantes sobre mí, pero dominaba mucho más en ella la desconfianza que supuestamente yo le generaba, de modo que prefería guardar distancia y mantenerse siempre alerta, como una liebre consciente del asecho de su depredador, sobre todo porque había pasado su vida buscando una idealización, un estado de invulnerabilidad emocional que, de alguna manera, empezaba a desmantelarse conmigo cada vez más cerca, cada vez más necesario.

En todo caso, muy en el fondo, a Liliana le gustaba la forma como yo la miraba, así, de reojo y con plena consciencia de estar pisando un terreno peligroso y plagado de espejismos y calmas subversivas, porque en ese mundo de Liliana todo daba la impresión de ser cierto e incuestionable, pero en el aire había siempre un rumor de turbulencias y, de manera constante, la tierra parecía sacudirse en lacónicas convulsiones, durante las cuales sus amorfos habitantes entraban en un estado de desesperación como si vieran enfrentar sus vidas a una inminente calamidad.

Yo no hacía más que examinarla toda, sus ojos de almíbar, sus senos redondos que asomaban conscientes de su influencia magnética, y su piel nacarada que seguía latente y vívida aun cuando era cortada a la mitad por la luz y la penumbra del rincón, y más con el destello que despedía con cada succión el cigarrillo que encendió con la colilla del anterior. En ella, desde cuando la vi por vez primera, una semana atrás en la biblioteca (¿dónde más?), había cambiado su talante que ahora era más altivo y belicoso, y su cabello, que pasó a ser de un rojo encendido como un horizonte caribeño de verano. Descubrí con el paso del tiempo que Liliana se abastecía de una fuerza suprema invisible pero sencilla (como una planta que absorbe luz solar), y que ella misma se autosuministraba con ese díscolo goce de una mariguanera. Soltaba a veces sendas carcajadas porque de súbito le entraba una hilaridad intensa que no la abandonaba ni siquiera cuando, dos semanas más tarde, yo la penetraba y la vejaba a pedido suyo, porque es que ella seguía muerta de la risa mientras me pedía que le mordiera los pezones y que le pegara en la cara, órdenes que yo por supuesto cumplía con cierto temor de propasarme. “Te pesa la mano” me dijo una vez entre risitas. Y a mí aquello me causaba más gracia todavía; me drogaba también, y por eso le proporcionaba lo que ella me solicitaba entre maullidos de gata en celo y quejidos de torturada por la Inquisición.

Desde nuestra primera cita en el bar *Bristol* le seguí el juego. Le creí el nombre que me dio, o, más bien, acepté que también se llamaba así, y así la llamé desde entonces cuando era ella: Liliana, Lilitu, Lilu, Laila, Lamia... Lilit, que un día de repente se proclamó a sí misma propietaria total de mi semen que ella me exprimía en las horas de nuestros placeres desenfrenados.

—Todos tus fluidos son míos —decía, gritaba—. Todos toditos todos; los que me das adentro y afuera. Los que me echas en las tetas y en las nalgas y los que me bebo gustosa de ti, y claro que también los que derramas durante tus sueños cuando me encaramo encima tuyo sin que te des cuenta. Tu semilla toda es mía, Aldemar, y de ninguna otra. No te olvides nunca de eso.

Qué loca esa Liliana. Y quien la veía toda recatadita sentada con las piernas cruzadas y sosteniendo su cigarrillo con ese estilo inocuo de mujer sofisticada, con esa carita de princesa de boca de fresa, pero por dentro, ay madre mía, esa carne ígnea llevaba por dentro un súcubo poseído a su vez por

cuantos demonios se confabularon desde el Génesis para absorberme desde la entrada de su pudendum. Era una cajita de Pandora esa Liliana, inofensiva por fuera, pero en su interior guardaba sorpresas pornoadictivas, maravillosas corrupciones, recompensas lúbricas. Cómo no iba yo a seguirle la corriente. Feliz de la vida me dejaba de ella, que me arrastraba divertida hacia ese lugar de horrores donde Yahveh condenó a la humanidad a habitar entre sátiros, víboras, buitres, gatos salvajes, hienas, chacales y que será, por la eternidad, dominio de avestruces, porque no habrá ni nobles ni príncipes que gobiernen, pues fueron ya devorados por la espada de fuego y azufre del Todopoderoso.

Sin embargo, nunca entendí por qué Liliana decía tenerme desconfianza. Quién era yo para amedrentarla si era ella la diabla consumidora de mi alma que jamás se oponía a su devoradora pasión. Nunca le pregunté sobre su origen ni tampoco averigué por detalles de su vida; nunca indagué dónde trabajaba ni dónde vivía, porque a mí me bastaba solo con saber su nombre y su apellido, una información básica que ella no se molestaba en extender; de modo que, si ella no me decía más, yo no preguntaría nunca más.

Solía recibirla en mi apartamento todos los miércoles a eso de las siete de la noche, siempre cuidándome de no parecer disponible para Eva, quien me creía a esa hora y día sentado en cualquier parte, escribiendo poemas; porque eso le decía yo para autocubrirme la espalda.

A Liliana en cambio sí le interesaba mi vida, y aún encima de mí moviéndose con contorsiones de puta experimentada me preguntaba si había mujer alguna que me hubiera comido mejor, “dímelo —me susurraba al oído—, quién te ha hecho venir más rico, dímelo, mi amor, qué mujer te ha hecho más feliz que yo, dímelo...ay cómo me gusta tu cosa adentro, me vengo, mi amor, me vengo... ay que sabroso, ayyy Shemhamphorasch...” y yo también me venía con ella, acompañándola en su vertimiento deleitoso. “¿Ya ves?”, me decía. Y seguía preguntándome por otras mujeres: “¿a cuántas metes aquí a la semana? ¿Dos, tres, siete, una cada día? Confíésalo, Aldemar. Aprovecha que estoy dichosa y no me molestaría, no ahora”. Pero yo también sabía tan bien que después sí, que mis confesiones nunca las olvidaría y más adelante me las sacaría en cara entre reclamos e insultos. Así que siempre opté por el silencio para conservar una cabeza sobre mi cuello y la otra deliciosamente dentro de ella.

—¿Qué es Shemhamphorasch?— le pregunté la primera vez que se lo oí gritar.

—Pues el nombre mágico de Dios, querido. Y se rió orgásmicamente de mi ignorancia.

9

Los Poetas Malditos fascinaron indeciblemente a Eva, más que cualquier otro autor, esos desventurados seres de lóbregos espíritus que, en su mayoría y casi por unanimidad o falta de alternativas, eligieron París como su capital, fueron su obsesión durante algún tiempo. Leyó todo lo que encontró de ellos en sus años de universitaria en Cartagena y, cuando ya no le bastó, recurrió a la biblioteca municipal y luego a las librerías en busca de más. Nunca fue suficiente.

Cuando se enteró por otra de las asistentes a las lecturas de poesía en la universidad de que el profesor Efraín Núñez conservaba en su casa ediciones originales de Paul Verlaine, Eva se sintió invadida por una exasperante ansiedad, pero también por cierta desesperanza. Ya no era una desconocida para el profesor, pero estaba segura de que él no la consideraba cercana a su poético círculo de amistades. De modo que nunca se atrevió ni siquiera a tocarle el tema, aunque lo cierto era que, hasta entonces, rara vez cruzó palabras con él, más allá del saludo y las despedidas, invariablemente *buenas tardes* y *hasta luego*. Sin embargo, fue Efraín quien una tarde, al terminar las lecturas, se acercó a ella y le habló despacio, pero en tono áspero, como si la hubiera pescado en falta penal.

—Me he enterado de que quieres ver mis libros de Verlaine.

Eva se sintió bruscamente asaltada y de un solo tirón encuerada. Apenas atinó a balbucear:

—¿Quién le ha dicho eso? No es cierto.

Pero Efraín percibió la falsedad de sus palabras.

—¿Entonces, segura de que no quieres leer esos libros?

—Sí.

La maldita afirmación se le escapó de los labios como una exhalación y quiso echarse al suelo a llorar cuando vio cómo Efraín dio un giro sobre la

punta de sus pies y sin mirarla pronunció un incrédulo okey. Y entonces, otra vez su boca volvió a hablar sin que pudiera evitarlo.

—¡Espere! Es verdad.

Efraín regresó frente a ella sin sorpresa en su mirada. Arrancó una hoja de un cuaderno de escolar y anotó la dirección de su casa en la calle de la Moneda. Luego agregó:

—Esos libros solo se leen en mi casa, no vaya a ser que se pierdan si los presto.

Efraín era un hombre maduro y aplomado, tenía cincuenta y tres años y de esos llevaba quince enseñando literatura. Era, como también lo había reconocido íntimamente Eva, un tipo atractivo. Tenía una altura muy por encima de la media y su cuerpo era atlético, más por herencia que por cuidados estéticos o entrenamiento físico; de manera que su aspecto se asemejaba al de Sean Connery en *Nunca digas nunca jamás*. Se había casado una vez con una Bióloga que no volvió de una expedición a la Isla Malpelo, a donde se trasladó con un equipo de expertos para estudiar, por encargo del gobierno nacional, algunos endemismos en la fauna. Así que técnicamente seguía casado, pues nunca recibió por parte de su fugitiva esposa algún requerimiento de divorcio. De tal forma que vivía solo, quizás aguardando el regreso de la Bióloga en una imponente casa colonial que, según solía contar a sus visitas y sin que nadie se hubiera tomado el trabajo de corroborar su supuesto linaje, había sido la primera morada de su tatarabuelo Rafael Núñez, sí, el mismo, quien fuera varias veces presidente de Colombia antes y después de conformada la República, y que además era el autor de la letra del Himno Nacional, nadie menos.

—Cuando mi abuelo me contó eso del himno —le confesó Efraín a Eva mientras la guiaba hasta su estudio— supe de inmediato que también sería poeta.

Eva sonrió; estaba encantada con la casa y sus ojos fueron más explícitos cuando entraron al estudio y vio la majestuosa biblioteca, empotrada en tres de las cuatro paredes del recinto, desde el piso hasta el techo falso.

Efraín le adivinó el pensamiento.

—La verdad no sé cuántos libros hay aquí, y no quiero saberlo, porque esa incógnita es parte del encanto que posee esta biblioteca.

—Yo sería feliz con la mitad de estos libros.

—...Pues yo he sido feliz, pero, sobre todo, bendecido.

Le señaló una pequeña mesa de trabajo a un costado de la entrada, Eva siguió la indicación y vio sobre la superficie despejada de la mesa tres pequeños volúmenes, uno sobre otro.

—Mis Verlaine— dijo Efraín, haciendo un afectado gesto de mago.

Eva se acercó al tesoro maldito y acarició sus tapas duras.

—Ábrelos con cuidado —sugirió el profesor, como si aquello se tratara de la manipulación de contenedores de sustancias radiactivas— yo estaré en el salón de al lado, leyendo una nueva locura que se le ocurrió a Vallejo sobre la ciencia.

Y Eva quedó sola entre aquellas deslumbrantes estanterías y frente a los tomos originales de *Romanzas sin palabras*, *Paralelamente*, y el poemario *Carne*. Hizo una lectura rápida, disfrutó unos poemas más que otros y tomó notas sobre la forma de la poesía de Verlaine, consciente de que comprender el fondo requeriría de más tiempo de estudio, años y años. Cuando terminó de leer *Canción por ellas* se detuvo, comprobó que se encontraba sola y recitó (de la versión en castellano que Efraín guardaba entre cada página y que él mismo había traducido de la versión francesa original de cada poema) en voz alta algunos apartes:

Que eres rubia, me dicen, y toda rubia es traicionera “como el oleaje”,
añaden...

...Dicen que eres morena, que una morena tiene brasas en la mirada...

...Dicen de ti ¡Castaña!: insípida y pelirroja, demasiado rosa.

Se rio de la última línea, y deseó ser pelirroja, ser insípida, ser rosa en demasía. Se puso de pie y empezó a recorrer con la mirada los estantes repletos. Intuyó que algunos de esos vademécums probablemente no habían sido abiertos en al menos un siglo, y que sus hojas estarían tan adheridas unas a otras que para desplegarlas quizás se requeriría de los oficios de un herrero. Lo intuyó más que nada porque concebía allí la presencia de tomos de muy diversas ciencias que Efraín tal vez nunca tuvo a bien revisar, aunque se asustó con la idea de que sí lo hubiera hecho. Se encontraba en frente de la sección de documentos históricos nacionales cuando la voz de Efraín la sorprendió con otra revelación.

—El segundo documento del cuarto estante, justo a tu izquierda, es una copia original de la Constitución de 1886. Solo existen tres: una se encuentra en el Congreso de la República, otra en el Museo Nacional, y la tercera es la que ves allí; en este momento cursa una demanda del Museo Nacional en el Tribunal Superior de Cartagena para despojarme de esta.

—¿Por qué?— se interesó ella, volviéndose para mirar a su interlocutor.

Efraín hizo un gesto dramático con la boca y los ojos

—Alegan que ese documento es patrimonio histórico de la Nación, y que por tanto debe reposar en poder del Estado y no de un particular.

Pero inmediatamente cambió de tema.

—¿Ya terminaste?— miró su reloj y constató que ya eran las ocho de la noche.

—Sí, fue fascinante, gracias.

—No es nada.

Eva estuvo el martes en casa de Efraín y en los días siguientes no pudo sacárselo de la cabeza. Los viernes eran las lecturas de poesía en una salita de la biblioteca de la Universidad y tenía el corazón desquiciado por el desespero que le producía la lentitud con que pasaba el tiempo, que aparentaba alejar aún más el advenimiento de ese día y evitaba, como si fuera su propósito natural,

que pudiera verlo. Cuando por fin llegó el viernes la angustia por el rencuentro fue tanta que estuvo en la salita de lecturas desde una hora antes. Al escuchar la voz de Efraín y con esta su cuerpo en la entrada, su pecho empezó a palpar como si estuviera recibiendo descargas eléctricas y sus piernas no dejaban de temblar. Cuando no resistió más las atrocidades de su propio cuerpo, salió de la salita atravesando la lírica de un poema de Machado, buscó el baño más cercano y regurgitó dolorosamente las vísceras. Se quedó mirando su imagen descompuesta en el espejo del baño intentando buscar una respuesta a lo que le pasaba ¿Por qué semejante turbación? No tenía ni siquiera una idea mínimamente satisfactoria del porqué se había originado en ella semejante interés por el profesor. Quiso regresar a las lecturas, para las cuales además había preparado un poema de Borges, pero las piernas no le obedecieron y en cambio le obligaron a quedarse sentada en un banco a la entrada de la salita, desde donde escuchó versos hermosos de Baudelaire, de Martí, de Bécquer, de Quevedo, y susurró, a la par de la declamación de un inspirado muchacho al otro lado, *Juntos los dos* de Silva.

Juntos los dos reímos cierto día...

¡Ay, y reímos tanto

que toda aquella risa bulliciosa se tornó pronto en llanto!

*Después, juntos los dos, alguna noche,
reímos mucho, tanto,*

que quedó como huella de las lágrimas un misterioso encanto!

*Nacen hondos suspiros, de la orgía entre las copas cálidas
y en el agua salobre de los mares, se forjan perlas pálidas!*

Al terminar suspiró y permitió que sus pensamientos se alejaran hacia profundidades inexploradas previamente, hacia mares nunca antes navegados en su interior. Y empezó a ser presa de un pánico nuevo y anónimo que se incrustaba en su alma sin resistencia alguna, como un puñal en el agua. Comprendió entonces lo que decía Verlaine, sus vorágines en el pecho y su desolación por la ausencia del ser amado. Sí, era enamoramiento lo que sentía y sí, aquello era por Efraín. Ese descubrimiento le sobrecitó el cuerpo y le hizo ponerse de pie de un salto, pero su estremecimiento fue mayor cuando se vio de bruces con el profesor, detrás del cual evacuó un rebaño de desgarrados declamadores.

—Creí que te habías ido —disparó Efraín, serio—, lo digo por la forma en que saliste. Me pareció algo grave.

—No fue nada —mintió Eva—, solo cosas de mujeres.

El profesor asintió con una sonrisa, y consciente del control que ejercía sobre la situación, tomó del brazo a Eva y la arrastró consigo.

—Vamos a tomarnos algo, yo invito.

Caminando llegaron a un minúsculo bar contiguo al Hotel Santa Clara. Eran poco más de las siete de la noche y desde el mar fluía una delicada pero fría brisa que obligaba a Eva a encogerse de hombros con cada ráfaga que soplabla.

—Lo mejor para el frío es el ron— apuntó Efraín. Y pidió una botella de Habana Club, hielo y Coca Cola.

Luego de unos minutos de una conversación trivial, Efraín comentó sobre su predilección por Cortázar y su menosprecio por García Márquez, a quien no consideraba en absoluto un creador sino un elemental contador de historias. Alguien que sí había nacido con el don de la palabra y una envidiable estrellita pero que lo único que hizo fue poner en hojas lo que le contaron otros. Y sus razones para semejante desprecio, según él, eran totalmente fundadas. Le contó a Eva que sus abuelos maternos eran de un pueblito a orillas del río Magdalena, a quienes de manera esporádica visitaba durante sus vacaciones de infancia. Juró, al tiempo que ingería un trago de ron sin apremio y deleitándose con su incipiente efecto, que en el pueblo de sus abuelos pasaban cosas tan alucinantes como las que se narraban en cualquier novela o cuento de Gabo. Hurgó en su memoria en busca de una historia que pudiera servir de ejemplo, y entonces recordó que a sus siete años vivió su primer encuentro cercano con la muerte, a raíz de un hecho de esos que denominan los versados como *macondiano*. Ocurrió poco antes del mediodía, cuando un magnífico toro de lidia que parecía endemoniado (que su estafalario propietario llamaba con el rebuscado nombre de *El Terapia*, y al que le precedía una siniestra reputación por sus sangrientas faenas en las corralejas de la región) apareció de la nada en la puerta de la casa, atravesó con ímpetu la salita de

estar y apareció espantosamente en el salón de los rimbombantes festejos familiares espantando hasta a las arañas que colgaban de las vigas del techo, y desembocó en la cocina, donde se encontraba Efraín, solo. Con asombrosa serenidad el niño alcanzó a refugiarse detrás de un tanque metálico donde su abuela almacenaba agua; hasta allí se acercó la bestia para calmar su sed, y cuando por fin sació su necesidad, sus criminales ojos se cruzaron con los de Efraín.

—¿Y qué pasó?— interrumpió Eva, visiblemente impactada.

—El toro se dio la vuelta y salió por la misma puerta por donde entró. En el trayecto que recorrió, antes de que pudieran contenerlo con cabullas siete hombres a caballo, asesinó a doce personas, entre ellas al párroco del pueblo que murió desangrado y empegotado con su propia mierda en la entrada de la iglesia. Solo se salvó una mujer que recibió una leve cornada en una pierna, pero mira cómo es la vida, su suerte ya estaba echada y la muerte encima de ella: una semana después de lo del toro, su marido la mató mientras dormía dándole un tiro en el pecho, usando la escopeta que diariamente empleaba para cazar conejos.

—¡Terrible!

—Sí. Y ese fue mi topetazo palmo a palmo con la muerte... nunca antes había visto a una persona muerta, y la imagen de esa mujer, tirada en su cama con un orificio como del tamaño de una naranja, aún me inquieta en las noches.

De Cortázar, sin embargo, Efraín aplaudía todo. Había leído por completo su obra, aunque de acuerdo con una amiga francesa, para más señas traductora y periodista de *El Universal*, en Francia aún circulaban textos del escritor argentino que no habían visto la luz en español. Ella se había propuesto parirlos en el idioma de Cervantes. Y él los esperaba con hambre.

—Yo debo confesarte que nunca he leído *Rayuela* —dijo avergonzada Eva—. Lo he intentado, pero no logro avanzar. Es una especie de traba cognitiva.

Adoptando una disposición exageradamente académica para la ocasión, Efraín le explicó que *Rayuela* debía asumirse como una aventura. Solo así

se podrían identificar lugares y pensamientos comunes que acercaban de manera extraña el pensamiento del escritor con el del lector, que es lo más deslumbrante que puede encontrarse en la literatura. Es una novela de ideas, sin un hilo conductor preciso, y que cada lector puede ordenar según sus particulares experiencias, aunque no conozca el contenido de cada capítulo, lo cual es por obvias razones lo lógico. Y remató:

—Es una novela que no es una novela, sino un mundo. En palabras del mismo Cortázar, es una contra-novela. Nadie nunca escribió algo así antes de él, ni tampoco después.

Ya eran las once de la noche cuando salieron del barcito. Estaban completamente ebrios, aunque, por mayor bagaje y familiaridad con el alcohol, Efraín demostraba tener todo controlado. Bajaron, a pie, por la calle Segunda Badillo y, al empalmar con la calle De la Moneda, el profesor le propuso a Eva llegar hasta su casa. Le dejaría llevarse su ejemplar original de *Rayuela*.

—Pero debes conservarlo con tu vida— le precisó.

Eva intuyó la segunda intención de Efraín. Por supuesto que le permitiría llevarse el libro y, como prueba de su voluntad para preservarlo, ella debía dejarse llevar por él hasta su cama; tal situación le hizo gracia porque aquella transacción era completamente innecesaria, pues ella ya había aceptado acostarse con él desde el mismo momento en que la tomó del brazo en el pasillo de la Universidad.

La habitación hasta donde Efraín la condujo era, a primera vista, desconcertante. Por fortuna el ron en su cabeza hizo más apacible las circunstancias. Se trataba de un recinto dotado de una gran cama circular arropada con una sedosa cobija roja, sobre ese lecho sacramental colgaba un magnífico ventilador de aspas de madera, provisto además de una lámpara de cristal de Bohemia con forma de narciso desplegado al sol. En una de las paredes pendía un deslumbrante grabado alusivo a la bíblica tentación de Eva (la Eva de esta historia se preguntó si Efraín había colgado el cuadro a propósito), y justo en la pared del frente, un enorme cuadro que mostraba a una exuberante Lilit fornicando con demonios de todos los abolengos y cataduras. El resto de las paredes (eran blancas todas) estaban cubiertas con

pasajes de novelas del Marqués de Sade y de Miller, y sensuales palabras proferidas por la Ana Karerina de Tolstoi, y poemas de Lawrence, escritos al parecer con tizones; pero lo que más atrajo la atención de Eva fue un pequeño cuadro al lado de una frase de Marguerite Duras, en el que un violinista erecto hacía de las suyas con tres hermosas doncellas.

—Ese es una copia del dibujo de Rowlandson —precisó Efraín advirtiendo el interés de Eva— el autor lo bautizó *El Concierto*.

A Eva le gustó pese a su simpleza y primitivismo fálico. Y mientras ella seguía leyendo frases y versos, el profesor iba despojándola de sus vestiduras y, cuando ya estuvo totalmente desnuda y preparada para el sacrificio, la empujó contra la pared, ella sintió cómo un perno reseco la atornilló desde atrás y en reversa. Su cara quedó pegada a una enorme reproducción de un grabado que hacía parte del *Compendium Maleficarum* de Guaccio y que en el tratado tenía por título *Ósculo Infame*. Eva sufría un dolor espantoso del cual nacieron alaridos que no salieron al mundo porque Efraín los sofocó amordazándole la boca con una mano, y con la otra la cercó por la cintura al tiempo que oscilaba de abajo hacia arriba, perforándole las entrañas.

—Suussssss —mascullaba Efraín, sin interrumpir su fluctuante marcha— Suussssss.

Extraños relámpagos que de pronto empezaron a aparecer y que provenían de todos los puntos cardinales le exigían a Eva apretar los párpados temiendo que le dejaran ciega. Pero el sufrimiento dio paso a un arrollador placer que le quemaba los tejidos por dentro y, deshaciéndose del bozal que su corruptor le proveía, empezó a pedir más y más de eso que nunca antes nadie le había suministrado, y al recibir de él un vehemente chorro lactescente que le insufló hasta el duodeno, su cuerpo se estremeció en ahogadas convulsiones, hasta que su cuerpo se desparramó en fluidos que bajaron en avalancha hasta sus tobillos.

El oleaje se apaciguó, pero el agotamiento los venció y lentamente cayeron en un apacible sueño.

Al despertar, casi a las diez de la mañana, Eva encontró en una mesita de noche (no recordaba haberla visto antes) una jarra con jugo de naranja. Tomó un vaso y al volverlo a depositar sobre la mesita descubrió una pequeña nota escrita a mano con hermosa caligrafía de color azul. “Puedes bañarte si quieres; en el baño hay toallas secas”. Sonrió para sí misma que sí y se sintió cautivada.

Durante los meses siguientes descubrió inimaginables formas de hacer el amor, pero con el paso de las jornadas, un desasosiego leve y tímido empezó a erigirse en su corazón. En cada nueva ocasión que visitaba a Efraín, él tenía preparada una práctica sexual diferente a la anterior, y al percibir tan siquiera un sutil disentimiento o negación por parte de Eva, estallaba en improperios y con cólera arremetía contra ella, de tal manera que algunas veces todo terminaba en desagradables y degradantes situaciones. Con ese temor llegó Eva en la víspera de su cumpleaños número veintiuno. Quería contarle a Efraín lo que sentía, sobre todo porque la última vez se sintió vejada cuando en lugar de besarla y acariciarla, él la obligó a tirarse en el piso bocarriba, y antes de penetrarla miccionó sobre ella. Después de eyacular se fue al baño a ducharse y cuando salió, Eva había abandonado la casa.

Pero, cuando se disponía a hablarle sobre sus temores, en la puerta sonaron tres rudos golpes. Efraín le prometió que más tarde discutirían lo que ella quisiera, así que ahora lo mejor era que se fuera para la habitación, advirtiéndole que esperaba encontrarla desnuda. Ella hizo caso. Minutos después vio a Efraín entrar y, para su sorpresa, lo acompañaban tres hombres descomunales de miradas desquiciadas, desnudos y atados por el cuello unos a otros con sendas cadenas de anclaje. La alarma de Eva se convirtió en pánico y empezó a gritar como demente, arrinconada debajo de la frase “*mil veces poseida*” pintada en la pared como con bilis.

—¡Te callas!— le increpó Efraín.

—¡Saca a estos tipos de aquí!

Los hombres parecían bestias sin más instinto que el de la fornicación. Todos se manoseaban sus carnívoras pitones que perezosamente empezaban a cobrar vida.

Efraín se acercó a ella, se arrodilló hasta quedar a la altura de sus ojos.

—Cálmate, mi amor. Solo tienes que relajarte y disfrutar. Yo voy a estar aquí todo el tiempo, contigo, no te dejaré sola ni un momento.

Eva lloraba a chorros y temblaba con tanta vehemencia que el mismo Efraín se estremecía al verla.

—¡No! ¡Que se vayan!

—No se van a ir.

Ella los miró y descubrió que no dejaban de frotar sus atroces serpientes ávidas de su carne, y advirtió que por sus bocas estas escurrían una baba espesa y blancuzca. Se abalanzó sobre Efraín aferrándose a su cuello.

—Diles que se vayan— le volvió a pedir. Sin desprenderse de ella, él le dijo que no.

—Entonces me voy yo.

Y se levantó dejándolo a él de rodillas.

—No —negó otra vez Efraín—, tú no te mueves de aquí. Harás todo lo que yo te diga que hagas.

Extrajo del bolsillo de su camisa un puñado de fotografías. Se incorporó y empezó a mostrarle una por una. Estupefacta por lo que veía, ella trató de arrebatárselas, pero Efraín las protegió muy bien, llevándoselas nuevamente al bolsillo.

—¡Eres un hijueputa! ¡Malparido!— al ritmo de cada insulto Eva recordó los relámpagos que la cegaban la primera noche que estuvo en esa habitación.

En aquella ocasión creyó que eran producto de su estado de ebriedad y por el dolor que le causaba la perforación anal que Efraín le propinó. Ahora sabía que era él quien le hacía esas horribles fotografías mientras la penetraba.

—Si no haces lo que te digo, pegaré estas fotos en cada cartelera y mural de la Universidad. Tu mamá no estará muy feliz cuando se entere. Vas a ser la zorra más famosa.

Eva quedó desarmada. Lloraba, pero esto no parecía hacer mella en el corazón de Efraín, quien, luego de guardarse las fotografías en su bolsillo, se dirigió a los tres hombres que esperaban ansiosos por su presa. Fue un ligero movimiento de la mano lo que les indicó a las salvajes anacondas que podían arrojar sobre Eva, y la pequeña manada saltó con toda su fiereza. Haciéndose a un lado, como poniéndose a salvo de la carnicería, Efraín buscó la poltrona desde donde apreciaría la batalla, como un malvado emperador esperando ver sangre y sufrimiento entre resignados gladiadores.

La fuerza de los hombres era incontenible y sus músculos forjados en los muelles del puerto, en cuestión de segundos vencieron la resistencia de una enclenque Eva que, sin embargo, daba espantosos bramidos, pero que, por supuesto, no pasaban de ese impermeable recinto. Muy pronto su voz perdió cuerpo y su llanto se secó. Con la ayuda de los otros dos, uno de los hombres se echó al suelo y la recibió implacablemente. Eva quedó empotrada en un armazón de firmes huesos cubiertos de carne sudorosa que la levantaba por la cintura haciéndole embutir sin escapatoria posible toda su pavorosa criatura. Cuando apenas empezaba a soportar el intenso dolor que le trepaba desde las ingles, un tubo maligno que parecía de hierro se incrustó espantosamente por su recto. A pesar de los gritos que ya no se le oían porque ella había perdido por completo la voz, el hombre a su espalda la embestía con despiadada barbarie y, al frente, el tercero intentaba engullirle su asquerosa boa. Ella se resistió por varios minutos, pero las manos de su verdugo fueron más potentes que sus mandíbulas y su garganta recibió un cuerpo inverosímil que entraba y salía como una sonda de exploración petrolera. En la primera oportunidad que tuvo, ella apretó la quijada y disfrutó viendo como el hombre que la profanaba por la boca soltó un maullido de bestia y entonces él, haciendo un grande esfuerzo, logró liberar su animal empapado en sangre. Sus ojos parecieron a punto de saltar de sus cuencas y su ira se esparció hasta su puño, el cual descargó brutalmente sobre el rostro de Eva.

—Si me vuelves a morder, te muelo la cara a puños— le gritó el hombre, visiblemente enardecido.

Y volvió a introducir su miembro ensangrentado en la garganta de su víctima. Al cabo de unos minutos, Eva se sintió inundada por todas partes, y a pesar de que las oquedades por donde entraban esas atroces anacondas chorreaban a borbotones el líquido cremoso del placer masculino, estas persistían erguidas y arremetiendo ferozmente contra ella.

—Ya es suficiente— exclamó Efraín, y se puso de pie.

Los excitados hombres se detuvieron en el acto y sus hambrientas serpientes abandonaron el cuerpo de Eva. Efraín se levantó y convidó a los hombres; minutos más tarde regresó él solo a la habitación.

—Se han ido— dijo.

Aunque lo intentó, Eva decidió no levantarse. Le dolía todo el cuerpo como si hubiera sido pisoteada por cien caballos. Efraín quiso ayudarla, pero ella se sacudió.

—¡No me toques!

Y se quedó allí, hasta que el sueño llegó a ella.

A la mañana siguiente, despertó antes que Efraín y, aprovechando la situación, escarbó en la camisa que él había llevado durante la noche, pero no encontró las fotografías. Tampoco estaban en la mesita de noche, ni en ninguno de los lugares que pudo revisar. Desistió de la búsqueda y prefirió abandonar la casa antes de que Efraín abriera los ojos.

A su madre tuvo que explicarle que el golpe en la cara lo había recibido tratando de defenderse de un borracho en un bar, pero que la cosa no había pasado a mayores.

—Era un tipo que no sabía lo que hacía —dijo— la policía se lo llevó porque estaba muy pesado y había golpeado a varias personas.

Entonces le contó a su madre que ya había decidido aceptar la beca para ir a estudiar a Bogotá. Sin embargo, mientras definía todo lo del viaje a su ciudad

natal, tuvo que aguantar durante varios meses más las infamias sexuales de Efraín. Por supuesto, le ocultó todo a él para no irritarlo y prevenir que en represalia decidiera hacer públicas las fotografías. Fue una época difícil. Su rencor por Efraín se transformó con el paso del tiempo en un aborrecimiento visceral hacia todos los hombres del mundo. Él había sido su primer amor verdadero y de eso solo le quedaban inquinas. Ya ninguno podría recibir otra vez ese sentimiento puro que había desparramado sobre un hombre atroz, que no le dejó sino tristezas y amarguras... En resumidas cuentas, “había jugado su corazón al azar y se lo había ganado la violencia”, y el odio, y un afán de venganza que empezó a comerle el alma como un Sida.

Tres días después de su graduación, Eva tomó el vuelo que la llevaba a una nueva vida. Lejos del sufrimiento, lejos del resentimiento, lejos de Efraín. Él se enteró al quinto día de su partida, cuando uno de sus compañeros profesores comentó en la cafetería de la universidad que deseaba que a Eva Camargo le fuera bien en Bogotá, pues había sido su mejor estudiante, aunque en el último semestre su rendimiento había decrecido, al parecer por problemas amorosos.

Efraín esperó tres meses para abordar a la madre de Eva cuidándose de no parecer un acosador. Aparentando un encuentro casual, esperó un día a que ella saliera de su casa. Hola —dijo, con tono apacible—, Usted es la madre de Eva Camargo ¿Cierto?

La mujer se detuvo en el andén, frente a aquel hombre de aspecto encantador que le recordaba a un actor de cine, cuyo nombre en ese momento no logró llevar a la superficie de su memoria.

—Sí, claro ¿Y usted es?

—Mucho gusto, soy Efraín Núñez.

Pensó que había cometido un error al presentarse con su nombre. Si Eva le había hablado de él esa mujer seguramente empezaría a gritarle como loca. Se tranquilizó en el acto.

—Ah, sí. El profe de literatura con el que Eva leía poemas. Él sonrió.

—Sí, ese mismo.

Se estrecharon las manos y el hielo se quebró.

—¿Y cómo va Eva en la nevera?—preguntó él, sin darle mayor importancia a la pregunta, simulando preguntar por simple curiosidad.

Los ojos de la mujer se llenaron de agua y por poco rompe a llorar.

—Ay, la verdad es que no sé —respondió al fin, mientras se secaba los párpados con la mano—, Eva no me ha llamado ni me ha escrito, y ya han pasado tres meses. En la Universidad no me dan razón de ella, me dicen que el número y el domicilio que ella registró allá son los de acá de Cartagena, así que no he tenido manera de comunicarme con ella, hasta he creado un perfil en *facebook* para buscarla, pero nada, es como si no quisiera saber nada más de mí y que yo no sepa más de ella. Como si quisiera borrar su vida anterior.

Efraín comprendió de inmediato que Eva se cuidaría de no revelar su dirección de residencia, con lo que garantizaba que él conservaría las fotografías con las que durante tantos meses la extorsionó. Y ella tenía razón, él no ganaría nada con hacerlas públicas en ese momento. De modo que las guardaría como un tesoro y esperaría pacientemente su regreso a Cartagena.

10

Infringiendo nuestro tácito cronograma de los miércoles, Liliana apareció inesperadamente en la biblioteca un martes justo al mediodía. Era la misma criatura de cuerpo casi obscuro que al entrar en la sala de lectura esparció una estela ciertamente maligna de un sándalo infernal. Yo la observé entre extrañado y anonadado. Tenía un alucinante vestido azul oceánico estampado con flores de un azul celeste que le llegaba hasta los tobillos, proveyéndole la fantástica apariencia de una sirena saturnal. El vestido apenas le colgaba de dos sutiles tirantes que se enganchaban sobre sus hombros; pero lo que mejor resaltaba el conjunto marino eran sus apetitosos senos, redondos y rotundos como una luna de Transilvania. Su pelo rojo antes ensortijado había pasado a ser liso hasta el cuello precipitándose con mayor volumen sobre su mejilla derecha. Era un súcubo transformado en mujer, transformada en sirena. Sus labios colorados se desplegaron y me preguntaron que cómo estaba. Yo le respondí que perfectamente y añadí que muy impactado con su apariencia. Ella sonrió con picardía.

—¿En serio?

—Sí— dije, por pura inercia comunicativa.

—Eso me gusta.

Y entonces me invitó a almorzar. Fuimos a un restaurante barato en la calle posterior de la biblioteca y pedimos lo mejor de la carta: carne asada con papas fritas y una ensalada de verduras.

Aquello solo se trataba de un exordio, un mero prolegómeno de lo que deseábamos realmente. Así que almorzamos a las carreras y antes de volver a mi trabajo la convidé a un motelucho a media cuadra de distancia a lo cual ella accedió risueña y encantada. Una vez adentro de la habitación que nos asignaron, cerré con seguro la puerta y le arranqué el vestido de un tirón, y enseguida descubrí que el antro, por donde de seguro entraría al inframundo, se encontraba completamente al descubierto, y sobre este apenas se esbozaba una sombra tenue de vellos clandestinos. Le chupé como un vicioso las tetas y los labios y la lengua y la saliva, y mientras me desprendía de mi propia ropa

la llevé contra la pared y la besé y la chupé más y la manoseé por todos sus rincones. Cuando ya estuve todo en cueros, me senté en la orilla de la cama y atrayéndola hice que ella se ensamblara a mí, donde, obedeciendo mis manos que la constreñían, permaneció enquistada ejecutando enérgicas oscilaciones hasta reventar en un desagüe mefistofélico.

¿De dónde había salido Liliana Zequeira? empecé a preguntarme. Qué luciferino mecanismo se debió poner en movimiento en el universo para crear esas carnes, huesos, cartílagos, sangre, cuero, pelos, vísceras y líquidos. En qué caldera uterina se había cocinado el semen que le dio forma a esa criatura cerrera que (eso creía yo entonces) solo encontraba amanse en mi bolillo eréctil, ese pito mío que le servía de trono como La Reina de la Noche, que aun de día venía a demostrarme el poderío de su corona que llevaba entre los muslos, hambrienta de carne y sedienta de leche.

¿Solo yo podía estar proveyéndole estos manjares y disfrutes? Esa era la pregunta que de un día para otro empezó a taladrarme la cabeza y cuya respuesta era tan difícil de obtener por simple intuición. No lo sabía, pero honestamente prefería no saberlo. Otras incógnitas sobre ella me resultaban más fascinantes y entretenidas, en especial, como venía diciendo, su origen misterioso que yo no conseguía encajar con nada, porque ella surgió del vacío en la vida, en mi vida, como un destello sideral, como un meteorito errante, como un acto de magia de Copperfield, como la fuga disociativa de una mujer ya conocida, real, concreta, que manifestaba así sus traumas emocionales, y a quien yo traicionaba de alguna manera con este otro ente voluptuoso, sibarita, sexual.

Pero qué culpa se me podía achacar a mí; cuál era realmente mi responsabilidad si no había sido yo quien maquinó los resortes del azar para que Liliana se atravesara en mi vida, si jamás fue mi propósito ni mi deseo encontrarla sentada en un bar una noche fortuita. Pero ya qué, ahora sí era mi deber darle lo que ella me pedía, como siempre lo había hecho con todas las mujeres que se precipitaron sobre mi destino, a las que les di lo que querían de mí que casi nunca fue lo mismo que yo deseé para mí, pero no me importaba, porque tampoco me hacía desdichado el rol de proveedor y preferí siempre no parecer un tacaño, por lo menos no en ese sentido, en el de la concupiscencia, si resulta necesaria la precisión. De modo que, fue el designio que me impuse,

Liliana obtendría todo de mí, lo que ella requiriera: mi amor, mi apetito, mi pasión, mi sudor, mi indulgencia, mi desprecio, mi sangre, mi fastidio, mi comprensión, mis vicios, mi semen, mi yo cuando yo no estaba con Eva sino con ella; y encima de ella; y debajo de ella, como más le gustaba a Liliana; y dentro de ella, como a ella le encantaba todavía más. Haría todo por ellas, por Liliana y por Eva, y por las demás que fueron y vendrían, sin importar cuál fuera mi condición en cada caso particular, si un eunuco florido o un apacible sultán.

Y es que en cualquier caso, para mí siempre ha sido un asunto de primera plana ofrecerle devoción a las mujeres, tanto que en ocasiones me he pasado y he caído en una seudoreligiosidad irritante e incómoda para ellas, por lo que tengo que justificarme que, para mí, sus cuerpos son el Templo de Salomón, o la Capilla Sixtina, o el Museo del Louvre, o la tumba de Tutankamón, o el Mausoleo de Lenin, o La Kaaba de La Meca, etc., qué sé yo qué más santuarios puedo seguir mencionando, nunca me bastarán, o quizás ni siquiera me alcanzará el aliento para citarlos. Quién sabe. Lo único que sé con certeza sobre mí, y lo que ofrezco al género de Liliana, es mi dedicación fervorosa a su complacencia y satisfacción de sus necesidades (sobre todo las carnales), y es por eso que jamás me he desempeñado cómodamente en las orgias en las que he participado (siempre con mujeres, considero pertinente agregar); no sé darme en grupo porque el harén me distrae, me dispersa y me inhabilita. Una vez, quiero contar esto, estando en mi apartamento con dos amigas actrices de teatro, Eugenia y Milena, amigas mías y entre ellas también, nos emborrachamos y terminamos los tres en cueros en mi cama, acariciándonos y besándonos con esa lascivia que genera la novedad prohibida y pecaminosa, hundiéndonos los dedos por donde cupieran, y chupándonos todo lo que fuera húmedo en nuestros cuerpos. Ellas se habían enmariguanado y el humo se les diluyó hasta el tuétano y de ahí se les propagó hasta la vagina, de modo que me vi en aprietos y solo logré contentarlas al darles individualmente, una por una, el obscuro placer de mi pinga. No habría podido hacerlo con las dos acechándome al mismo tiempo por lo que complacerlas por separado me resultó exitoso. Sin embargo, a las cinco de la mañana, antes de irse, se les metió un arranque lujurioso que no logré sortear. Milena no aceptó esta vez esperarme en su turno y se marchó endiablada. “Yo no soy plato de segunda mesa” me gritó (nos gritó) desde la puerta que cerró con tanta fuerza que luego, cuando era Eugenia quien partía, tuve que emplearme a fondo para

abrirla... Y se fue Milena y así entonces pude engancharme a mis anchas con Eugenia, a quien le prodigué veneración absoluta y me la consumí hasta el último quejido de dicha, como ella se lo merecía (y también nuestra otra amiga, la emputada) tajantemente comidas las dos, cada una a su tiempo, cada una en el momento conveniente, cuando yo me consagraría sin distracciones a indemnizarlas por el abandono momentáneo al que las sometía, primero a una, y luego a la otra.

Entonces, ¿por qué no iba yo a hacer lo mismo con Liliana? No podía ser egoísta y negarle mi impetuosidad sexual, aún más cuando ella no hacía sino ofrecerme sin recato su anillo de pescadora, sí, el de atrás; pero también su deliciosa y blanda corona, sí, esa misma, que ha llevado voraz, empotrada entre sus ingles, recóndito predio desde el que se explaya hasta el infinito su férula milenaria, edénica, original. ¿Por qué no darme exclusivamente a ella? Eso sí, cuando tocaba con ella y no con otra.

11

En Bogotá, al llegar, nadie la conocía y eso le permitió a Eva sobrellevar de mejor manera su desgarramiento moral. Sin embargo, en incontables noches se sintió sola y miserable, y, desecha por el llanto y el sufrimiento, tomó la determinación de volver sin importarle nada, sin importarle las amenazas de Efraín y el desprestigio que las fotografías le causarían a su apellido. Estaba segura de que su mamá nunca le daría la espalda; pero al despuntar las mañanas, su disposición desfallecía y entonces abandonaba la decisión del retorno y con el alma hecha trizas se recriminaba con cólera su debilidad y su falta de carácter. Muchas veces la depresión absorbió su espíritu y la idea del suicidio se asomó inquietantemente. Pero al final la vida terminaba imponiéndose como un rayo de luz atravesando espesas selvas. Nunca le daría ese gusto a Efraín.

Su odio contra el mundo lo padecieron insoslayablemente todos los hombres que se acercaron a ella a pesar de sus disímiles intenciones, en particular un tal Hernán, un compañero de la maestría un año menor que ella y cuyo enamoramiento, más que representarle puntos a su favor, se constituyó en el cilicio que su corazón debía soportar a cambio de la correspondencia de Eva. Nunca supo realmente quien era ella, qué pensaba, y qué cosas eran las que esperaba de la vida. Fue un misterio que nunca pudo develar, y, derrotado, solo la veía, siendo otra, deambulando por el mundo como una sombra de muerte y contaminación, poseyendo a quien quería, sin importarle si era hombre o mujer, y en el mismo lugar donde se le antojaba. Convertida por su propia voluntad en una sodomita indolente, una máquina de fornicación, un ángel al gairete de alas mutiladas que parecía estar hecho de adamantio por dentro. Sufrió mucho el tal Hernán durante ese intrascendente enamoramiento suyo.

Antes de terminar la maestría, Eva consiguió un buen trabajo en la Academia Colombiana de Historia, donde se desempeñó primero como coordinadora del archivo histórico. Allí en la Academia estuvo más de diez años pasando además por las oficinas de publicaciones y por la biblioteca. Luego obtuvo una beca para hacer el doctorado en la misma Universidad. Durante su estadía en Bogotá tuvo muchos amantes, en su mayoría estudiantes de la universidad que llegaban de todas partes del país, con tan diversas ilusiones e intenciones sobre las que ella procuraba no indagar demasiado, porque lo cierto era que no le

importaban en absoluto, y en su pequeño apartamento de un modesto edificio residencial de la calle de las Mandolinas, cerca de la Universidad, recibió tanto a hombres como a mujeres. Seres con los que no tenía vínculos directos ni indirectos, ni mucho menos pensamientos comunes, excepto la idea del sexo circunstancial, el único permitido en esa vida procaz y de puertas cerradas al amor y a sentimientos afines.

Una tarde, muchos años después y ya entre mis brazos, de golpe flotaron aquellos preceptos en su memoria, como burbujas en una pecera de aguas turbias.

—Ni se te ocurra enamorarte de mí— me sugirió bondadosamente, aunque enfatizando con un amenazante dedo índice.

Yo me quedé callado por unos segundos, como digiriendo esas palabras que me indicaban una frontera, una línea nefasta que por mi bien no debía cruzar. Miré a Eva como buscando en su mirada las aristas de ese dolor y de ese odio, pero también de ese profundo amor a la vida que parecía aferrarse a sus entrañas. Estuve de acuerdo con ella en todo, porque comprendía sus razones, aunque quizás yo, o bueno, tal vez otra mujer, habría actuado de una manera diferente, enfrentando a Efraín y asumiendo las consecuencias de lo que fuere; pero no por eso podía juzgarla y arremeter contra sus decisiones, tampoco podía meterme en sus zapatos y asumir ahora toda la rocambolesca carga de sufrimiento que ella debió soportar, sería estéril y pueril. Ella había padecido un exilio que la convirtió en ese espectro que por momentos parecía ser absurdo y al mismo tiempo místico, y eso le daba el derecho de hacer lo que quisiera, de inmolarse sentimentalmente si lo deseaba, y mala suerte si yo me encontraba cerca, expuesto a la explosión y al naufragio de amores y odios que seguiría en descontrolado torrente.

Otro día, recostada a mi lado (ambos desnudos), Eva empezó a susurrar palabras incomprensibles. Yo agucé mi oído, pero no logré asociar los sonidos que ella producía con ninguna palabra. Defraudado de mi pesquisa, decidí preguntarle de manera directa qué era lo que decía. Eva no se movió siquiera para responderme, apenas levantó dulcemente la voz.

—Que es muy extraño que tú también seas poeta... parece que me persiguen.

Eso mismo había estado pensando yo desde hacía varios días.

Desde ese día vivimos un período feliz en nuestras vidas, hacíamos el amor con vehemente pasión y luego salíamos a comer o a tomarnos una botella de vino, convencidos de que nos merecíamos ese momento en nuestras historias. En esa fase de romanticismo pasional de nuestra ilación forjamos un vínculo sereno que a ella le permitía vivir apaciblemente, apartándose así de todo lo material que de manera inevitable la envolvía, y yo por mi parte no dudaba en proveerle ese escenario, mientras trataba de encontrar el punto de partida de su misterioso desdoblamiento, ese que en principio yo percibía caótico porque no lograba concebirlo en ella como una predisposición natural y continua de su mente, y que al verlo, operando físicamente primero en un ser real y después en una entelequia, me convertía en víctima de un vértigo de loco. A veces, después de hacer el amor me quedaba mirándola a la cara queriendo encontrar el punto exacto en el que todo ocurría. Ese punto que era como un Aleph porque era el lugar donde estaban todas las Eva y todas las Lilianas independientemente juntas, confluyendo para crear a veces un ser y a veces otro, a veces uno edénico temeroso del Creador y a veces otro temerario y sátiro con forma de súcubo. Pero nunca, jamás, hallé algo revelador más allá de la mueca de sonrisa que ella esbozaba al sorprenderme en mi búsqueda del lugar donde los gatos salvajes se juntaban con las hienas. Allí, donde ella estaba y en cuyo regazo yo encontraba descanso.

12

Eva vivía (aún vive allí) en un amplio apartamento en el quinto piso de un edificio ubicado en una zona de ricos. Desde su retorno de Bogotá ha compartido esa estancia con una economista que se fue a España a hacer un doctorado y que le ha dejado en encargo varios muebles, algunos electrodomésticos y una recatada biblioteca que se divide en dos: un segmento de economía y otro de literatura. Yo conocí el apartamento un martes, y me extasió su embriagador y delicioso olor a sándalo por todas partes: en la salita, en la cocina, en la habitación, en el cuarto de baño, y hasta en el balcón. Hace una semana que llegué sin anunciarme y encontré a Eva distraída y desconectada del mundo (por lo que me arrepentí de haber ido), ella me dejó solo en la salita y en consecuencia me dediqué a ojear la modesta estantería de libros y descubrí por lo menos dos novelas que quise llevarme robadas. Pero no era el momento apropiado para satisfacer mis intereses literarios, de modo que fui hasta la habitación y encontré a Eva acurrucada entre sábanas, los ojos rojos como piedras de magma y la voz ronca por el llanto incontenible. Su madre cumplía años, me dijo, y ese era el décimo sexto que pasaba alejada de ella y sin siquiera poder hablarle. Odiaba profundamente a Efraín, me dijo, y se odiaba a sí misma y a todo lo que la rodeaba; también a mí, que estaba allí en el borde de su cama, dispuesto a complacer sus deseos como si de verdad poseyera poderes para hacerlo.

—Siempre me pasa lo mismo en esta fecha —se quejó Eva, acostada en la cama en posición fetal sobre su costado derecho y abrazando una almohada con excesiva fuerza.

Lo único que le daba un poco de alivio era saberse más cerca de su madre, de modo que la pesadumbre que la embargaba era mucho menos despiadada que la padecida durante tantos fríos años en Bogotá. Me decía (o quizás hablaba para ella) que tenía que encontrar una manera de verla sin que esto representara un peligro con Efraín, porque ahora, más que antes, su vida y lo que había alcanzado en este punto, debía protegerlo como su preciado tesoro, y mientras su verdugo de Cartagena tuviera en su poder aquellas fotografías ruines, la amenaza seguiría latente.

—Escríbele —le propuse—. Sí,scríbele y dile que te visite ella. Si quieres yo puedo ir a entregarle tu carta.

Eva se dio vuelta deshaciéndose de la almohada. Sus ojos rojos eran prueba de un llanto continuo y sin consuelo. Se quedó pensando en mi sugerencia y en todas sus posibles consecuencias; por un lado, la impresión de su madre al recibir noticias suyas después de tantos años ¿Qué pensaría ella? Pero inmediatamente modificó su interrogante ¿Qué pensará? ¿Seguirá molesta por su prolongada desaparición? O tal vez, contrario a lo que temía, su madre ya sabía toda la verdad y durante tantos años ocultándose solo se había privado de vivir sin temores, de vivir mejor. Por otra parte, podría ser que mi idea aliviara en algo el sufrimiento que incuestionablemente tuvo que soportar su madre, y seguro que su corazón se insuflaría de alegría y regocijo, y un segundo después de leer la carta estaría haciendo maletas para el reencuentro con su adoración y la única razón por la que despertaba todas las mañanas a la espera de las buenas nuevas. Pero, sin embargo, hubo algo más que, como ya era frecuente en sus momentos de aflicción, estremeció a Eva: el rencor que sentía por el hombre que había devastado su vida y de paso la de su madre. Así que su alma resentida se dirigió a mí disparándome un dardo nocivo.

—¿Y también matarías a Efraín?

Aunque lo era no sonó como una pregunta, ni tampoco parecía una; más bien fue una solicitud que yo, como si no hubiera contemplado el peso y el tamaño de semejante petición, le respondí que claro que sí, que, si con eso ya no la vería sufrir más, entonces iría a Cartagena y desaparecería de la faz de la tierra la fuente de su tristeza. Pero lo haría si ella también le escribía una carta a su madre y le decía que estaba bien, que la perdonara por tantos años de silencio, que quería verla y explicarle en persona las razones (sus razones) para haberse perdido así, sin apiadarse del dolor que le había causado. Que ella había penado igual, sola en una ciudad fría a mil kilómetros una de la otra. Y que muchas veces quiso volver porque ya no podía vivir más sin verla, y sin escuchar su voz, que todo tenía una explicación y si venía a visitarle se daría cuenta de que así fue, y que así es todavía.

Volvió a reclinarse, pero ahora sobre el otro costado, mirándome como si yo fuera una sombra. Yo me había quedado callado, pero mi mente seguía hablando, diciéndome cosas que ella no podía escuchar y que sin embargo estaban allí, tan cerca que solo bastaba con que yo le ordenara al cerebro ciertos movimientos, y mi boca dejaría salir los sonidos necesarios para armar frases y oraciones. ¿Qué estaría pasando por mi mente? Se debía estar preguntando reiteradamente Eva, mientras yo, poco a poco, dejaba de ser una sombra con forma humana y empezaba a verme más tangible y próximo.

—¿De verdad matarías a Efraín? —me preguntó, observando enseguida cómo yo, ya hombre físico, le dedicaba una mirada circunspecta y que yo había creado para añadirla a mi respuesta.

—Sí.

—¿Y cómo lo harás?

La mirada que diseñé siguió intacta.

—No sé, pero voy a pensar en eso, te lo prometo.

13

Cartagena no es una ciudad para visitar sin una compañía y mucho menos para ir con el propósito exclusivo de matar a alguien. Las calles del área amurallada conservan tanta historia que, en cada esquina o frente a cada casona, la curiosidad invita a plantearse todo tipo de cuestiones, desde preguntas de tipo académico hasta interrogantes de naturaleza *jet set*. Ayer, cuando llegué, era justo mediodía. El sol en todo lo alto me obligaba a refugiarme en los andenes menos expuestos a su luz (es decir, a su calor), de modo que debía competir por el espacio con el resto de transeúntes que a esa hora también huían del sol. Debía ir hasta la calle Gastelbondo, donde Eva me había indicado que encontraría a su madre, en una casa que debía ser blanca (pues su madre siempre lo quiso así), pero, en caso de que otro color cubriera su fachada, podía reconocerla fácilmente porque estaba justo antes de la casa de la esquina, en la acera que daba la espalda al Baluarte de la Cruz.

El taxi que tomé desde la Terminal de Transportes me dejó sobre la Avenida Santander. De acuerdo al mapa que llevaba para orientarme, debía abordar la calle Ricaur

te hasta desembocar en la Plaza Santo Domingo. Fue un trayecto que me tomó cerca de ocho minutos según pude constatar en mi reloj. La Plaza estaba tranquila y poco concurrida, imaginé que podía deberse a la hora y, sin embargo, pensé que así estaba bien, pero de seguro sería mucho mejor si tuviera alguien al lado con quien compartir el recorrido. Seguí caminando hasta empalmar con la calle que buscaba, doblé hacia la izquierda y desde allí pude ver al final de la cuadra la casa que Eva me había descrito, blanca y con el balcón de puertas abiertas. Mis pasos se aceleraron tanto como mi corazón, y al detenerme sentí que dentro en el pecho me rebotaban las ondas de una explosión atómica. Esperé unos segundos hasta recuperar el aliento y crucé la calle para quedar frente a la puerta, sobre la cual no encontré la aldaba de hierro colado que Eva me había detallado, y en cambio descubrí un botoncito blanco empotrado en el marco, a la altura de mis ojos. Lo hundí varias veces hasta que una voz de mujer del otro lado me gritó *Ya va, ¡Dios santo! Ya va.*

Era una mujer demasiado mayor para ser la madre de Eva, tenía una piel

Caribe bastante arrugada y curtida y le faltaba un par de dientes incisivos. De manera que concluí que no podía ser a quien yo buscaba basado apenas en la idea que me había hecho de cómo se podía ver una mujer mayor de los Andes bogotanos, y entonces le hice la pregunta de rigor:

—¿Se encuentra la señora Nubia?

La anciana me miró con manifiesta suspicacia. Y cerrando un poco la puerta me respondió.

—Ella ya no está.

Aparenté mostrarme desilusionado, pero ensayé con otra pregunta.

—¿Y a qué hora la puedo encontrar?

Y entonces advertí en la mujer cierta turbación.

—No, señor, usted no ha entendido, la señora Nubia ya no está. Ella murió.

Fue un golpe directo al pecho que me detuvo por unos segundos mi galopante corazón, y un matorral de preguntas se me vino encima ¿Cómo había sido? ¿Pero hace cuánto? ¿Habrá sufrido al final? ¿Ahora cómo se lo diría a Eva? ¿Y quién carajos era esa mujer que tenía al frente?

—Yo soy Priscila —me informó la mujer—. Trabajé con los señores de esta casa desde que llegaron a Cartagena.

Eva había olvidado hablarme de Priscila, quizás porque imaginó que ya no estaba con su madre o que había muerto de vieja (y la verdad es que ya era hora de eso último), y en tal cosa estaba pensando yo cuando la mujer me preguntó para qué buscaba a la señora. Tuve la mente lúcida para inventarme una historia.

—Mi nombre es Manuel Jaraba, trabajo en la Radio Nacional de Colombia.

La mujer asintió y bajó la guardia, entonces me invitó a pasar.

—Venga, entre, se está asoleando y mírese, sudando como un caballo.

Y yo la seguí por un pasillo fresco que me heló las gotas del sudor sobre las sienas. Las paredes eran blancas y únicamente decoradas con retratos en blanco y negro de personas jóvenes que ahora debían ser viejas o que tal vez ya estaban muertas. En una vi a un señor alto, de unos cuarenta años, posando con el puente de San Francisco al fondo. Reconocí en el hombre las facciones adustas de Eva y la reposada fuerza de su mirada.

—Ese es el señor Camargo —señaló Priscila, asumiendo el talante de los guías de museos.

El pasillo se vertió sobre una salita de exuberante simplicidad. Tenía una pared (que parecía ser la continuación del culto a las imágenes iniciado en el pasillo) ataviada completamente con más retratos, aunque ahora la mitad era en colores. Sobre la pared del frente se alzaba una escalera, cuyos peldaños pensé que sonarían al pisarlos como teclas de piano, pero sobre los cuales debería hacerse un grande esfuerzo para arrancarle notas musicales dada la evidente tosquedad de su superficie de madera de carreto. En la otra pared, a mano derecha, había empotrada una pequeña pero decorosa biblioteca, surtida mayormente por clásicos de la literatura, una biblia y enciclopedias de diversa índole; al lado de esta estantería, una puerta daba a un patiecito soleado, adornado con materas con sábila, toronjil, llantén, algunas matas de flores rojas, y otras de ensoberbecidos girasoles. Yo me senté en una mecedora de mimbre que veía al patio y entonces me di cuenta que la cuarta pared, además de contener un interruptor de luz y otro al parecer del ventilador de techo que giraba sobre mi cabeza, un perchero vacío y una pequeña jaula con un canario silencioso en su interior, también tenía un vano sin puerta por donde había desaparecido Priscila, y por donde emergió al cabo de unos segundos, con un ajado pocillo de café humeante que chasqueaba sobre un platico igual de usado.

—¿Y cuándo murió la señora? —pregunté mientras me llevaba el pocillo a la boca (me quemé la punta de la lengua)— en la Radio Nacional no estamos enterados de ese lamentable hecho.

Priscila se había sentado en un acogedor sofá que estaba recostado a un

murito que se alzaba debajo de la escalera.

—Hace dos años y medio.

—Bastante —repuse yo, que además pensaba en la intención de volver a tomar otro sorbo de café, pero mi lengua me ardía terriblemente—. ¿Y de qué murió?

Priscila fue enfática.

—De tristeza, joven, la seño se murió de tristeza.

—¿De tristeza? Pero uno no se muere nada más que de tristeza.

—No crea joven, cuando uno está viejo se muere hasta de risa.

Fue un argumento que encontré cómico por lo manifiestamente macabro.

—Aunque bueno, ella tenía otro motivo para morir.

Y yo sí que lo sabía, pero me hice el desentendido, llevándome además el pocillo a los labios para acentuar mi indiferencia, al mismo tiempo que preguntaba por ese motivo.

—Era su hija... una pobre muchachita que se perdió por allá por Bogotá.

—¿Y cómo se perdió?

—Nunca se supo. La niña Eva se fue dizque a estudiar y de repente se evaporó, así (juntó las viejas manos y las separó violentamente): *suazzz*, como dicen mis bisnietos. Pero eso no es todo, hace como tres años pasó algo raro (me dio la impresión que aquella era una historia que le contaba a quien quisiera oírlo): la seño Nubia recibió la visita de un profesor, un viejo loco que vive solo por allá en una casona de la calle de la Moneda. Ella ya estaba enferma, pero desde ese día su postración fue peor. Yo no sé qué le habrá dicho ese señor, pero tuvo que ser malo. Ella nunca me quiso decir. A los pocos meses se murió la seño. ¡Pobrecita! Lo que sufrió.

Priscila se quedó callada un momento. Debía de estar recordando aquellos

días, y un instante después volvió a la salita y me miró. Dijo:

—Pero usted no me ha dicho por qué está aquí.

Dejando el pocillo sobre la mesita de centro, que solo hasta ahora reparaba, recobré la historia que había empezado a tejer en la estuosa entrada de la casa.

—Ah, sí. Bueno es que en la Radio Nacional estamos preparando algo así como una celebración, más bien una integración, con todas las personas y las familias de los que han trabajado allí, y usted sabe que el señor Camargo fue en los noventa uno de nuestros locutores —la mujer parecía estar creyéndoselo—. Hemos tratado de comunicarnos por teléfono, pero aquí nunca nos han respondido.

—Que raro —me interrumpió Priscila—, yo me la paso aquí todo el tiempo y, desde que murió la dueña de la casa, ese teléfono solo ha sonado como dos veces. Si no es mucho.

—Entonces debe ser que tenemos mal el número.

—Más bien.

—Pero si Usted dice que la señora ya murió y que su hija ha desaparecido —hice con la boca y las manos un gesto de resignación—, entonces no hay nada que hacer.

Y antes de que las cosas se complicaran, me levanté y le agradecí a la mujer su gentileza. También le di las gracias por el café y me marché tomando yo mismo el camino de salida, sin importarme que Priscila me siguiera a pasos ágiles para despedirme en la puerta.

Me senté en el primer café bar que vi en la calle de la Mantilla. Estaba preocupado. Todo se había complicado de una manera que no había imaginado que ocurriera. Ahora tenía dudas frente a lo necesario de la muerte de Efraín, sobre todo porque el principal temor de Eva era que su madre se enterara de aquello que le sucediera con el maldito profesor de literatura, y eso pudo haber sucedido ¿Se habría enterado antes de morir? Solo Efraín tenía la

respuesta a esa pregunta, de tal manera que apenas terminé la cerveza que había pedido, saqué del bolsillo de mi pantalón el mapa doblado, lo desplegué sobre la barra donde estaba sentado, y me ubiqué. Recorrí con el dedo una calle, dos calles, tres calles, cuatro calles hasta que encontré la que buscaba; y me di cuenta de que debía seguir casi en línea recta. Calculé que me tomaría entre diez y quince minutos llegar.

El trayecto, aunque muy caluroso, lo hicieron soportable cada uno de los pensamientos que me cruzaron la mente. En principio me interrogué por mi presencia en esa ciudad, que estaba hecha más para aprender de día y disfrutar de noche, que para fraguar asesinatos de ancianos sádicos ¿Estaría haciendo lo correcto? Creía que sí, pero igual tenía la certidumbre de que eso no era lo mejor. Podía regresar en ese mismo instante y convencer a Eva de que ya no era necesario mancharse las manos de sangre, porque podía volver y rehacer su vida, pues su madre ya no se enteraría de los errores de su pasado. Le llevaría las fotografías que habían sido su karma, naturalmente, después de obligar a Efraín a que me las entregara. Pero también podía ser que ya no fueran suficientes las fotografías, porque quedaba el hecho de que el malévolo profesor había visitado a su madre y quizás se las hizo ver, pudo haber sido así, no podía saberlo, pero era una suposición lógica, como también lo era que esa visita pudiera haber acelerado la muerte de la ya sufrida mujer.

Me había trasladado hasta esa ciudad solemne y llena de historia para cometer un crimen, una cosa horrenda, monstruosa, digna de una bestia. La decisión ya la había tomado días antes, luego de pasar otros más en consagrada introspección; no obstante, ese hecho no impedía que insistentemente me cuestionara por mi frialdad y el estado de doble moral que había asumido desde que consideré necesaria y correcta la muerte de Efraín y, por supuesto, mi intervención como verdugo. Cuántas veces, durante tantas reflexiones, no aborrecí y desestimé las razones esbozadas por muchos asesinos y genocidas que los llevó a cometer actos espantosos, y luego incluso llegaba a defenderles su derecho a vivir cuando era el Estado el que tenía la supuesta obligación de ejecutar el escarmiento. Porque para mí, bajo ninguna circunstancia, la vida de alguien podía depender del criterio de otro. Pero ahora era yo, repugnante ironía, el animal asesino que merecería morir de la misma manera como yo mismo mataría.

De todas formas, no me cabía duda de que el hecho se consumaría, así que

en muchas ocasiones solo alejé de mi mente ese momento, pero en cambio el día del maldito evento, mientras me encaminaba hacia el lugar del siniestro, mis pensamientos se mantenían fijos y aferrados a mi propósito, de modo que entonces me dediqué a construir en mi mente una frase delicada con la que le informaría a Eva la muerte de su madre, y en esas estaba cuando de súbito me vi frente a la imponente casona con puerta de dos hojas (más propia de las catedrales y los conventos) que se levantaba como un portal por donde se podría viajar a la época colonial. Debí insistir con los grandes picaportes que colgaban incólumes a pesar del paso del tiempo.

Un viejo robusto entreabrió la hoja izquierda de la puerta.

—¿Qué quiere? —preguntó el viejo.

Lo odié de inmediato. Era un anciano todavía fuerte. Calculé que debía estar rondando los setenta años, y que a pesar de que sería difícil derribarlo, sobre todo de frente, no sería imposible si tenía la oportunidad que había imaginado. Aunque como habían ido las cosas ese día, lo mejor que podía hacer era no dejarle todo a la suerte. Respondí con mi respuesta preparada.

—Buenos días, don Efraín ¿Cierto? —el viejo asintió—. Perdone que venga a esta hora a molestarlo, pero es que he venido otras veces y no pude encontrarlo, y me imaginé que la única forma de dar con usted era llegando en horas de almorzar. Efraín refunfuñó algo.

—Mi nombre es Manuel Jaraba —continué—, de la Academia de Historia de Cartagena. Quisiera hablar con Usted un momento.

—¿De qué?

—Bueno, es un asunto oficial, si usted me permite unos minutos.

—Como Usted dijo, es hora de almorzar, y me dispongo a salir para cumplir con ese trámite.

—Solo serán unos minutos, le aseguro que no le quitaré mucho tiempo.

El viejo se mantuvo impassible y yo comprendí que debía lanzarle un dardo en donde casi con nadie falla: justo en el ego.

—La Academia está pensando en publicar una antología de poetas locales, los más destacados del Siglo XX, entre esos usted, claro está.

Yo percibí cómo Efraín sintió el pinchazo del envenenado arpón, y cómo su efecto le impidió darse cuenta de que quien lo había lanzado estaba enfrente, y luego dando un paso al interior de su casa, y después entrando en el estudio dotado con la más esplendorosa biblioteca de la ciudad. Yo ya estaba preparado para esa panorámica, así que me limité solo a recorrerla con la mirada.

—Y cuénteme —el viejo parecía ahora intrigado— ¿Qué otros colegas estarán en esa antología?

Afortunadamente, yo había previsto esa pregunta y ya le tenía una respuesta. Pero primero hice la literatura correspondiente: aparenté estar escarbando en mi memoria los nombres que él quizás esperaba escuchar, le miré fijo a los ojos y le respondí haciendo exagerados gestos con las manos.

—Puedo mencionarle solo algunos, por reserva, usted comprenderá.

—Por supuesto —dijo él, cayendo en la trampa.

—Se ha pensado en Eladio Carmona, Luis Felipe Suárez, Olga Martínez, y también en Remigio Mendoza.

—Bueno, honor que me hace la Academia al considerarme.

Y allí en ese mismo instante le lancé otra saeta empozoñada.

—Sabemos que su obra no es prolífica, pero conocemos de su influencia en las nuevas generaciones.

Con eso, Efraín optó por el armisticio y asumió otra actitud, menos huraña.

—La mitad de esta biblioteca —dijo— perteneció a mi tatarabuelo Rafael Núñez. No pregunte cuántos libros contiene, porque ni yo lo sé.

Pero a mí me interesaba poco la Biblioteca. Dentro de mi corazón una aversión monstruosa se había empezado a urdir en contra de ese anciano que hacía alarde de su casa. Imaginé que no solo a Eva pudo haberle dañado la vida, sino también a muchas, todas ilusionadas jovencitas que veían en él a un hombre culto y de la mejor alcurnia cartagenera, único heredero de la más prestigiosa familia, la única (eso les diría él para deslumbrarlas sin mostrarles pruebas irrefutables de su tal linaje) en la ciudad que había tenido entre sus vástagos a un presidente. ¡Nada menos! Y también por eso yo decidí que lo odiaba, que debía matarlo allí mismo, dentro de su maldita biblioteca, donde él había empezado a matar a Eva por dentro hasta convertirla en un retazo de persona, en un ser ambivalente que debía recurrir a otra forma, a otra entidad para poder vivir como tuvo que hacerlo en su otra vida, allá donde se vio desterrada y donde no conocía a nadie y nadie la conocía ella, donde tampoco nadie tenía derecho a juzgarla porque eran juez y parte de ese mundillo de perdición que había creado para vengarse del otro mundo, del real, uno de porquería donde había tenido la mala suerte de nacer. Claro que era justa la muerte de Efraín, y yo la llevaría a cabo, porque solo así Eva sería libre y feliz, y yo le pediría entonces que nada más fuera ella, que dejara de ser también Liliana, porque quería amarla, aunque ella me lo hubiera prohibido, porque quería estar únicamente con ella ¡maldita sea! Y no tener nada que ver con esa otra mujer que la albergaba, porque para mí ella era suficiente, porque ella era a quien yo deseaba proteger, de cualquier cosa, de una gripa o de un tiro, porque de veras quería enamorarme de su ímpetu, e incluso de su naturalidad mutante, pero sobre todo de ese decidido respeto que mostraba hasta por su propio dolor. De esas cosas quería hacer parte yo, porque creía en ellas muy a pesar de que eventualmente yo mismo, Eva y el mundo se entregaran sin frenos a la locura sistemática de la modernidad que yo tanto he odiado, y aunque tan bien sabía que ella no era todo lo que podría llegar a ser, a mí me bastaba lo que era en ese momento y por tan escueta razón me prometía que nunca dejaría que algo malo le pasara; pero para garantizar tal promesa le exigiría a ella que solo fuera Eva, y nadie más, y que se olvidase para siempre de Efraín a quien decididamente y para sorpresa de él empecé a asesinar con ese busto del presidente Núñez que estaba allí sobre el escritorio, que era de inmaculado blanco y que luego tenía manchas escarlatas por todas partes y Efraín estaba en el suelo con los ojos espantados ya que no sabía por

qué lo golpeaba Manuel Jaraba, quien había ido a hablarle de una antología, y además su verdugo le gritaba que todo eso era por Eva viejo malparido, depravado, que qué se sentía ahora, que si eso lo arrecha viejo hijueputa; y entonces arrojé asqueado el busto ensangrentado y al que le faltaba después de los golpes un pedazo de la nariz, y me di cuenta de que Efraín ya no se movía, y que tampoco respiraba.

Todo pasó muy rápido. Mi camisa estaba demasiado salpicada de la sangre del viejo ¿Qué hacer? ¿No podía salir así? Abandoné el estudio y busqué las escaleras que me llevaron hasta la segunda planta; advertí que la habitación principal estaba entreabierta, entonces entré y me di cuenta que es tal cual me la describió Eva, salvo por la presencia de dos almohadones blancos que había sobre el circular lecho carmesí. Pero allí no encontré ropa, no había un armario, y el desespero empezaba a formarme un nudo en la garganta. Entré en la habitación contigua y descubrí que allí sí tenía el viejo un armario, pero sin ropa, por lo que desistí enseguida de seguir buscando. Sudaba profusamente y la sangre coagulada en mi cara empezaba a formarme una asquerosa costra negruzca. Mientras descendía las escaleras pensaba en Eva y otra vez en la forma como tendría que contarle que su madre había muerto. Que murió de tristeza. Y pensé también que todo sería más fácil si Nubia hubiera muerto de risa.

A las dos de la tarde, asegurándome de que nadie se percataba de mi salida de la casona, me enfrenté al sol y seguí la ruta de escape que tracé mentalmente mientras veía el mapa desplegado frente a mi cara, y me enfilé hacia la calle del Boquete con la intención de alcanzar la Avenida Venezuela, donde completaría la fuga tomando un taxi. Durante ese recorrido marqué en mi celular el número de Eva y hablé después de cuatro tonos, cuando la escuché contestar.

—Hola, soy yo... Ya te dije, mejor hablemos en persona, espérame en tu casa, apenas llegue voy hasta allá.

Entonces Eva me dijo que no, que ya no quería saber nada. Que era culpa mía que su mamá la odiara, que ya no quería volver a verme más, nunca más; que por qué tuvo que hacerme caso si todo estaba bien así, con ella por acá y su mamá por allá, triste pero alejada de la pena que la torturaba a ella. Así que no, lo mejor era que no fuera a contarle nada porque así estaba bien,

muriéndose por dentro, pero que no necesitaba de nadie, mucho menos de mí que había demostrado ser un completo egoísta, que hacía todo aquello solo porque pretendía una recompensa, un gracias eterno antes y durante y después del sexo, pero que ella en realidad no me importaba un pito. No, que no fuera a su casa porque ya no la encontraría, que lo único con lo yo que iba a hablar era con la puerta cerrada porque ella no quería escucharme. Qué idiota había sido poniendo su vida en manos de un hombre incapaz, que no merecía nada de su parte, y que ahora solo podría querer ir a su casa a llevarle malas noticias, cosas que ella prefería no saber.

14

Mi pasión por Eva Camargo fue desbordada, lo admito. Se me desbordó como un amorío de adolescente que todavía me avergüenza en mis momentos de soledad porque me hace sentir ridículo. Yo me lo recriminé durante muchos días y aún lo hago como un sacerdote que ha pecado con tierna carne infante. Claro que no me arrepiento, es un pecado arrepentirse de los polvos echados, mucho más pecado que quebrar el celibato ingiriéndose un indefenso acólito; porque los polvos que se echan serán siempre únicos e irrepetibles, así como también los que no, los que se desprecian, los que se olvidan, los que se cansan de esperar, los que se niegan, los que nunca se consuman por x o por y... esos nunca se echan aun cuando uno hace todo lo posible por redimirlos...

Eva en cambio no se regulaba por el tipo de dicotomías que yo, sino por sus propias, complejas y duales, y que yo apenas logré entender cuando descubrí su enorme capacidad para mentir y guardar secretos, que la hacían comportarse todo el tiempo como una espía, cautelosa como una gata, y esquiva por las más mínimas razones. Comprendí todo porque acepté que su vida no era un dulce de chocolate ni un helado de vainilla, era, eso sí que lo era (¿o lo es?), un lupanar, cubierto de basura podrida donde anidan cucarachas tóxicas y otros bichos sidosos que comen carne y no desperdician momento para zambullirse en los afluentes de sangre contaminada de las putas y gamines basuqueros que allí habitan. Su vida era un terreno de arenas movedizas donde ella de noche se acostaba y se hundía siendo Eva y al día siguiente se despertaba siendo otra, con la misma mirada eso sí, pero con una cara distinta, andrógina, dominante, excitada y excitante, corrupta, libidinosa, intransigente, demoníaca; con una cara de loca y descarada. Eso es: des-cara-da. Una cara en absoluto opuesta a su original, la que trajo pegada a su calavera al nacer.

Ella mentía por impulsos convulsos, pero yo nunca caí por completo en sus engaños porque me reconocía en ella, es decir, en sus métodos tramposos. Yo también he sido siempre un mentiroso adiestrado en ese arte que requiere del don de la Creación y la Manipulación, y además perfectamente sé que una mentira es una marioneta que se controla con hilos invisibles, manipulada siempre con movimientos precisos y continuos del titiritero. Una mentira es, a su vez, más de una mentirilla, porque cada que se inventa una se debe pensar en muchas más para sostenerla; los buenos mentirosos las pensamos

de manera anticipada. Aunque iba por el camino correcto, Eva aún no llegaba a mi nivel, ya que insistía en inventar cuentos chinos, armados con naipes a veces, con fichas de dominó a veces, y a veces, con pitillos de chupar gaseosa pegados con saliva de loro que naturalmente se caían cuando soplabamos cualquier brisita. De modo que yo olía sus embustes apenas ella los soltaba, porque estaban pésimamente manufacturados, concebidos sin bases sólidas, así como edificios sin columnas, patulecos como un bisabuelo.

El primer intento de mentirme que le adiviné fue una semana después de nuestra segunda cita. Dormíamos en la placidez del pospolvo cuando su celular nos despertó con un ring ring secular y mecánico, estorboso e impertinente. Ella saltó de la cama cuando tomó consciencia de qué se trataba el ruido, porque reconoció el tono del timbre, idéntico al de los teléfonos antiguos y que ella tenía activado en su celular porque le recordaba al de su casa familiar de Cartagena. Cuando logró sacarlo del nudo que se había hecho su pantalón al quitárselo, observó la pantalla del aparato con dubitativa calma y me lanzó una mirada cobarde por el rabillo del ojo derecho, yo la vi hacerlo, pero no dije nada, callé, porque sentí lástima de ponerla en evidencia y humillarla por fraudulenta.

—Es una colega de la universidad —dijo, y sin contestar la llamada volvió a meter el teléfono en el bolsillo de su arrollado pantalón.

¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira! Yo lo supe de inmediato, la cogí en el embuste, la atrapé en la treta, la capturé con las manos en la masa como una delincuente novata. Pero no se lo dije, y en cambio la agarré por el brazo y la traje hacia mí, y la monté con rencor y con dolor, vengándome de su insolente falsedad, de su necia burla hacia mí.

Desde esa noche empecé a hurgar en cada actitud sospechosa suya, y creo que también hasta en las más inocentes. Dudaba de todo, olía su falsedad en todas partes. En su habitación, cuando la visitaba, me quedaba mirando si todo estaba como yo lo había dejado la última vez; en su cuarto de baño tuve la indignidad de buscar entre el papel higiénico de una caneca a ver si había condones que yo no había usado: nunca encontré uno; y en su teléfono empecé a rastrear el número de un tal Fonseca. Claro que caí bajo. Nunca reclamé porque carecía de pruebas materiales contundentes, y quién sabe si

de haberlas tenido en mis manos las hubiera empleado en una reclamación que me habría dejado como un celoso paranoico. Lo cierto es que dejé que Eva siguiera su jueguito conmigo, y hasta me hice la ilusión de cambiarla, mejorarla, para que en vez de ser yo el suyo, fuera ella mi trofeo, para exhibirla en mis vitrinas de domador de arpías.

Pero que va, ella ya no tiene remedio porque además su proceder no es que esté determinado por las decisiones de un alma dañina sino por una quebrada, triste, sin pretensiones de damnificar, que busca más bien consuelo en la novedad, en el descubrimiento de cosas inéditas, de saberes frescos y desconocidos para ella. Eso es lo que Eva pretende de cada hombre nuevo que suma a su prontuario y por eso jamás será una mujer fiel, nunca será de un solo macho, pues su propósito es acumularlos hasta sacarles como por diálisis todo lo que ella ignora de la vida y que ellos sí conocen, de poesía, de política, de economía, de física nuclear, de medicina, y de quién sabe qué más; pero también porque ningún mequetrefe la tendrá a ella por completo, eso jamás, poseyéndola a su antojo y saciándose de ella hasta el desfallecimiento, como sí que deseo hacerlo yo, con las ansias de drogadicto sin cura.

Luego del tal Fonseca que la llamaba, el nombre que reiterativamente empezó a aparecer en su teléfono fue Albeiro. ¡Qué mierda! A mí entonces me tocó conformarme con verla apenas los fines de semana porque el resto de días ella andaba dizque en trajines que decía yo no entendería. Ocupada en cosas de trabajo. En proyectos de no sé qué.

Por fortuna, Liliana siguió visitándome y me hacía olvidarme de Eva por unas horas, como un analgésico contra un dolor de muela. Pero, al volver a quedar solo, mi cabeza se revolvía con todo tipo de elucubraciones y teorías.

¡Qué mierda! Empezó a llamarla otro tipo, un X que ella ni siquiera se dignaba a nombrar en su lista de contactos. La llamaba a las dos de la mañana, a las nueve, a las dos de la tarde, a las cinco, a las doce de la noche. A cualquier hora el número aparecía en su teléfono que yo espiaba cuando ella iba al baño.

Y lo peor es que cada día, con cada descubrimiento sobre sus andanzas, yo me fui enamorando más y más de ella. El amor es ciego, reza el viejo adagio, pero también es venenoso cuando es traicionado, y así me sentía yo con

cada hallazgo: envenenado de amor y de odio; envenenado de cursilería. Y los celos, tan deletéreos como el uranio, me estaban contaminando el hígado y ese malestar visceral me conminaba a persistir en la búsqueda ímproba de satisfacer a Eva, pero ya no en su carne, sino en su alma.

Y por eso precisamente fue que no pensé dos veces responderle que sí, que yo me encargaría de Efraín, que yo pondría fin a su errante andar de triste y cándida promiscua (claro, esto último no se lo dije). Y fue así como los celos me arrastraron sin remedio a cumplir el deseo de Eva, a pecar por ella y sacrificar por ella mi entrada al paraíso.

15

Eva Camargo se inventó a Liliana Zequeira porque quería ser otra. Fue su creación, pero no por efecto de un trastorno de identidad disociativo, sino meramente como una fuga de sí misma, una forma de parir ese tumor maligno que le amenazaba con hacer metástasis hasta las uñas. Era su método para escapar de la triste realidad de su vida pasada. Liliana era Eva completamente falsa, mala, podrida. Eva en cambio era Liliana sin máculas, vestida con trajes de miel, de esa misma de la que estaban hechos sus ojos.

Eva siempre fue consciente de la existencia de la otra, sabía cuándo liberarla, en qué momento usarla en contra de los hombres, para jugar con ellos, darles de comer en la mano como a criaturitas famélicas para engordarlas y luego engullírselas, castigando así a la vida, a los hombres mismos, propios del género que la pervirtió y del que yo, irónicamente nacido varón también, le prometí vengarla empezando por Efraín. Ella, luego de preguntarme cómo lo haría, bajó la mirada, como si acabara de arrepentirse de su solicitud. Yo por mi parte empecé a preparar mi plan criminal: matar y huir, básicamente. Ella sollozó.

Y bueno, lo que pasa es que Eva no encontraba su lugar en el mundo, y por eso ambulaba perseguida por un agudo y estoico sufrimiento, que muy a su pesar ella encontraba en todas partes, abundante. Muchas veces le oí decir que detestaba caminar por esta ciudad porque dondequiera se tropezaba con indigentes curtidos, con pobres llevando carretas arreadas por mulas, o con mujeres cargando niños barrigones pidiendo de casa en casa limosna, comida, o ropa usada; de modo que prefería no salir, evitar la náusea que le provocaba la pobreza, esa condición inhumana a la que era sometida tanta gente por la hipocresía de la política. Sin embargo, tampoco le interesaba hacer algo por remediar la situación de los pobres contribuyendo con obras sociales. De entrada se quejaba de la ausencia del Estado, para ella el único que debía garantizar el bienestar de la gente. Aborrecía la caridad.

“No es mi deber hacer algo (me dijo un día). ¿Por qué me miras así? ¿Dónde está el Estado? Que hagan algo los senadores, yo no. Que dejen de andar durmiendo o gastándose la plata del pueblo puteando con prepagos. Y mejor no digo nada del presidente”.

Pobre Eva, exiliada del paraíso pretendía vivir en la tierra ignorando el sufrimiento ajeno solo porque ya tenía suficiente con el propio, ¿qué carajos le

importaba el resto de la humanidad?, que sufra, decía, que sufra que yo no soy mitocondrial, ni siquiera socialista. Era cruel, Eva, en su melosidad, porque decía cosas que en Liliana sí se escucharían exactas y congénitas. Pero en ella no, puesto que se le oían impuestas y sonaban huecas como tinajas. Solo en el amor era mansa Eva, hablaba poco y abandonaba la altivez. Se dejaba llevar sin resistencia, obedecía las manos de su amante, ejecutaba los movimientos de gimnasta que se le requirieran y, lo más significativo, no exigía, pero tampoco reclamaba los incumplimientos ni la eventual insatisfacción de su cuerpo.

Nunca quiso decirme cuándo empezó a ser otra, una llamada Liliana, frenética y desalmada, comedora de hombres. Solo se dejaba arrastrar por el deseo de no ser quien era, al menos por unas horas, y se cambiaba el color de su cabello rubio a rojo, se vestía con prendas audaces y adoptaba el aire de *femme fatale*: emperatriz del inframundo, cuya corte de vampiresas y aquelarres le hacen reverencia a orillas del Leteo cada vez que se mete por su crica la carne rígida de los hombres.

—Ser Liliana me tranquiliza —fue lo único que le arranqué al respecto, cuando le exigí hablarme de esa faceta suya.

Podía ser otra mentira, una más, pero ya sobre ese tema daba lo mismo creerle o no, porque eso no era lo que yo necesitaba ni lo que quería saber. Le dije que ya no soportaba más su ambivalencia, que me hacía sufrir mucho (y ella sonrió con sorna), que yo estaba dispuesto a terminar con su tormento, que ya no tendría que buscar más hombres y que los celos me estaban apolillando el espinazo como comejenes.

—¿Y quién te dijo a ti que yo quiero un hombre? —fue su respuesta—. ¿De dónde sacaste el cuento de que necesito uno?

—No es un cuento, es la verdad.

—No seas pendejo, iluso. Mi vida ya tiene un hombre, irremplazable, único, que ni tú ni nadie será capaz de superar. —Todo lo dijo con rabia.

¿Quién era? pensé, ¿Fonseca? ¿Albeiro? ¿El X? Tuve miedo de repetir sus nombres en voz alta; me acobardé de su respuesta y por eso no dije más.

16

—¿Qué quieres? —me respondió al fin.

—Quiero verte, ¿dónde estás?

—¿Mataste a Efraín?

Yo nunca respondería esa pregunta por teléfono. Mantuve mi silencio al respecto.

—No quiero saber nada más de tu parte —su voz es seca.

—Solo te puedo adelantar que no todo resultó como esperábamos.

—Como tú esperabas, querrás decir.

—Si tú lo dices.

—Sí, yo lo digo. Y también te digo que ya no quiero saber nada más de ti. No me busques. Estaré ocupada.

—Espera... solo diré una palabra, espero que me entiendas —estoy saliendo de la biblioteca, ya hay luces encendidas en el Parque Bolívar. La luna esta redonda, llena—. La palabra es SI.

—Sí, ¿es la respuesta? Sí es: ¿sí mataste a Efraín? —La oigo lloriquear.

—¿Dónde estás? ¿En tu casa? Déjame verte.

—Eso no te importa. No te acerques a mí... olvídate de que existo. Ya tú no existes para mí.

La llamada se ha cortado, ella la cortó, sin despedirse. Y yo he quedado aquí, aturdido en mitad de la calle, obstaculizando una hilera de taxis y automóviles. Los gritos (insultos realmente) de un taxista me despabilan... termino de atravesar la calle sin saber qué hacer, ni a dónde ir. Qué hago yo aquí, como

un naufrago sin balsa a la qué aferrarse. Maldita vida la mía, desafortunada, sin estrella, huérfana de un ángel de la guarda, sin futuro. Maldita vida la mía con este presente que llevo que es similar al pasado del que siempre he tratado de escapar. Haciendo memoria caigo en la cuenta de que esta vida mía se me fue por la cañería de un excusado el día que quise ser alguien, con un título universitario, con un trabajo decente, con un lugar plausible dónde vivir. Nada de eso he conseguido, sigo siendo el mismo muerto de hambre de siempre, cuya dignidad ha quedado como un trapero usado, sucia, maloliente, indigna. Por qué no me quedé siendo lo que era antes, cuando era un ser anónimo, un don nadie. Todavía lo sigo siendo, solo que ahora puedo presumir de tener un diploma de universidad firmado por alguien que no me conoció, que solo vio mi nombre garabateado con letras cursivas: *Aldemar Corso González*, y que quizás ni siquiera se dio a la tarea de imaginarse, a partir de mi nombre, mi rostro o mi complexión; solo estampó su firma por efecto de la gravedad leguleya que lo obligaba a hacerlo sin importarle a quién beneficiaba y, en mi caso, a quién perjudicaba, echándome al vacío ominoso del mundo laboral.

En estos días recientes, hice lo que hice por Eva sin importarme mi futuro, y subconscientemente consciente de que otra vez estaba tirando mi vida por una tubería mohosa y sucia de mierda. Pero a ella eso la tenía sin cuidado, yo no le importaba, me lo había dicho antes cuando me tiró en la cara que ya tenía un hombre en su vida, inamovible, irremplazable. Sin embargo, yo la quería, y la deseaba, que era mucho más doloroso porque su olor y su sabor se me habían desleído en la sangre, y no había noche en que no me acostara pensando en ella, en sus suspiros, en sus gemidos, y en ese delirante sosiego que yo sentía cuando ella dormía abrazada a mí. Tristemente, nada de eso era equivalente en viceversa. Ella no me amaba, aunque me decía mi amor, fuera Eva o fuera Liliana. Pero lo cierto es que no era suficiente para mí, porque lo mismo podían oírsele decir el X, Albeiro o Fonseca, o quizás, podía ser, uno de ellos se sabía el favorito y lo disfrutaba más porque ella se lo decía en serio, porque ella sí lo amaba de verdad, con amor y pasión juntos y revueltos, porque era su hombre.

17

Desde abajo, el apartamento de Eva, que da a la calle, se ve deshabitado y completamente a oscuras. El Conserje del edificio, que ya me conoce, me deja pasar y de inmediato empiezo a subir al quinto piso. El hombre me sigue porque mi agitación lo alarma, me dice no haber visto a Eva en todo el día.

—Mejor dicho, desde hace tres días no le veo la cara. —Aclara el hombre.

Las palabras del Conserje no me inquietan pues supe de ella en ese tiempo.

—Yo hablé con ella hace una hora. —Le digo, y él sin embargo parece no escucharme.

Cuento noventa y seis peldaños de las escaleras. Primero doce, luego otros doce, más otros doce, y otros, y otros... llego al quinto piso con las piernas tambaleantes que apenas me sostienen, y la respiración se me hace difícil, entrecortada. Toco el timbre sobre el marco de madera y espero, mientras recupero el aliento y la estabilidad. No hubo respuesta.

El Conserje toca la hoja de la puerta con violencia, con el puño cerrado.

—Esta mujer nunca oye el timbre. —Dice, frunciendo el ceño.

Es falso, muchas veces Eva me abrió luego de que yo hundiera el interruptor una sola vez. Pero no quise contradecir al hombre, que vuelve a estremecer la puerta con su puño. Evidentemente su paciencia tiene límites más definidos que los míos.

Nos estamos aburriendo de esperar a que Eva nos abra, bueno, el Conserje más que yo. Es un hombre de cincuenta años, calvo en el cogote, donde tiene la zona despejada de pelos, yo, que soy más alto que él, alcanzo a verle el hueco brillante. Tiene un bigote de Hitler bien cuidado y la cara redonda como su barriga.

—Le toco una vez más —vuelve a hablar el Conserje—, y si no abre, abro yo con la llave copia.

A pesar de su aspecto bonachón, le creo su adustez y su intención de abrir la puerta sin el permiso de Eva. De su bolsillo lo veo extraer un racimo de llaves que empieza a balancear de una mano a otra, como si fuera de peluche y no de metal. Me confiesa que está entrenado para abrir puertas usando alambres, como en las películas.

—Yo fui operativo del Bloque de Búsqueda.

—¿En serio? —mi sorpresa es genuina.

—Claro que sí. —El tipo seguía manoseando las llaves— Pude haber dado de baja a Pablo Escobar si hubiera corrido unos metros más en el techo. Se me adelantó un curso.

—¿Y por qué terminó aquí de celador?

El hombre me lanza una mirada profundamente fulminante.

—Por culpa de una maldita hernia discal. —Me revela.

Se miró el bigote en el vidrio de un cuadro del Divino Niño que está colgado en la pared de enfrente. Se pasó por el corto mostacho los dedos índice y pulgar de la mano derecha. Y enseguida se dio vuelta y me miró, para luego decir:

—Tocó entrar, esta situación ya no me está gustando.

No le gustaba porque veinticuatro años antes su única hija estuvo a punto de calcinarse en un incendio doméstico. Su esposa, que planchaba con la bebé cerca, había salido a la terraza de su casa a atender a un empleado de una empresa de mensajería y la puerta se le cerró, quedándose por fuera sin llave de entrada. La plancha conectada y sobre una sábana hizo llamas y el humo advirtió del siniestro. El mensajero, que se había quedado ayudando a la mujer a entrar de nuevo en su casa, se encaramó en el techo que perforó y logró salvar a la bebé de morir asfixiada o quemada. El Conserje desde entonces desconfía de las puertas cerradas.

Una vez el Conserje gira la perilla de la puerta y la abre, yo entro y enciendo las luces de la sala. Mis ojos se estrellan con la biblioteca que aún en aquel momento deseo robar. Huele a ambientador de lavanda por todas partes.

—¡Eva! —Llama el Conserje—. ¡Eva!

—Creo que no está.

El hombre, cuya preocupación no cesa un ápice, empuja la puerta de la habitación donde Eva debe estar durmiendo fundida (o quizás ni está). No se ve nada de golpe, está oscuro y la claridad que llega desde la sala apenas permite distinguir una sombra blanca sobre la cama. Enciendo la luz y ahí está Eva, tirada entre sábanas, a lo Marilyn, aparentemente dormida, pero en realidad absuelta de vida. El Conserje confirma el diagnóstico que hice a golpe de vista.

Nadie comprende de buenas a primeras la resonancia que tiene la muerte de una persona cercana. Para la mayoría representa un hecho exógeno, que nada tiene que ver con sus propias vidas, y que está mucho más asociado con imágenes de aviones aventándose contra rascacielos, o guerras en países de nombres mesopotámicos, e incluso con masacres en pueblos abandonados del Caribe a donde solo por esos terribles sucesos llegan las cámaras de los noticieros televisivos. En un efímero desdoblamiento, siento que la tal muerte de esa tal Eva es un asunto que no me atañe, sobre todo porque al principio no asocié el evento que presenciaba con la mujer que yo conozco precisamente con el nombre de Eva. Pero es una sensación pasajera que ha durado apenas segundos mientras el Conserje me ha seguido hablando como si estuviera relatando la historia publicada en el periódico:

—Al parecer murió intoxicada por el efecto de calmantes combinados con vodka, una mezcla habitualmente fatal. No puedo asegurar si se trata de un suicidio o de un infortunado accidente.

De repente empiezo a percibir cómo una especie de velo funesto se esfuma de mi vista y una suerte de mística epifanía me revela un doloroso escenario. ¿Cómo es posible que Eva esté muerta? ¿Y muerta de qué? Pues no va a ser de risa, porque si así fuera mi garganta no tendría ese saborcito ácido propio del vomitus interruptus. ¿Cómo pudo hacerme esto? ¿Por qué carajos me

traicionó de esa manera? De la peor forma. De todos lados de la cabeza me nacen preguntas que no me tomo ni siquiera el trabajo de responderme, como si las mismas interrogaciones llevaran incorporado todo lo que deseo saber. Y qué hacer ahora, si llorar no me sale así que ni para qué mentirme esforzándome en escupir una lágrima, de modo que ahogo una carcajada salvaje porque caigo en la cuenta de que quise construir un nuevo camino y terminé por confirmar lo que ya antes había aprendido, que debo seguir intentándolo, *porque el terreno del mañana es demasiado inseguro para planes, y los futuros tienen una forma de caerse en la mitad.*

El Conserje está sentado en el borde de la cama, parece embebido en la transparencia del pijama de Eva, que deja adivinar las curvas de sus senos grandes, duros, muertos. Yo por mi parte pongo en marcha los engranajes de mi florida imaginación. La puedo ver en su cama, minutos después de cortarme la llamada, llorando sin consuelo, envuelta en una tristeza infinita que la invita a terminarse esa botella de vodka que tiene en la mano para desprenderse de este maldito mundo que insiste estrujándole el corazón, para luego irse a dormir como hacía tantos años no había podido hacerlo y sí, ojalá no despertar jamás, para no tener que enfrentarse nuevamente a la desolación y el desamparo que le produce su calvario perenne. Así que la veo servirse un vaso y luego otro y luego otro más, y al cabo de un rato sus pensamientos son tan confusos como sus movimientos que la llevan de un lado a otro de la habitación sin aparente rumbo. Poco a poco empieza a tener menos consciencia de lo que hace y, aunque el llanto acaba, la congoja todavía le aprieta el pecho por dentro. Toma entonces de la mesita de noche varios calmantes y somníferos, y se los traga de golpe para ayudarle al sueño que empieza a llegar sobre ella como una sombra y se tira en la cama, más bien se desploma, y con la poca voluntad de la que aún dispone, se lleva a la boca la botella de vodka y toma varios tragos, mientras siente cómo un pesado adormecimiento le llena las arterias del brazo derecho y ya no puede levantarlo para seguir bebiendo, y tampoco logra abrir aunque sea apenas un poco los ojos, y ya nada siente del mundo fuera de su cuerpo, y le entra mucho miedo, un susto descarnado, porque empieza a hundirse en una voluble masa de vacío que se la traga ceremoniosamente, depositándola de manera inexorable en un lugar oscuro y yerto donde todo, incluso ella, carece ya del soplo de la vida.

18

Nunca sabré a ciencia cierta si Eva Camargo se mató; si su muerte fue accidental; o si aquella escena en su habitación correspondía a la de un homicidio. Ella no dejó una nota suicida, tampoco un video o una grabación, y hasta donde he podido notar, no hay el menor indicio de forcejeo que hubiera llevado a un supuesto asesino a rasgarle las vestimentas, o sujetarla por las muñecas o por el cuello. Todo parece tan en su lugar, hasta el cuerpo de Eva da la impresión de ocupar una posición correspondiente y acorde con el momento.

No he llorado, porque las lágrimas no me salen. En cambio, tengo en la boca un sabor amargo, quizás el sabor de la derrota, una nueva, que me recuerda que he fracasado de todas las formas posibles en las que un hombre puede hacerlo: soy, en síntesis, un fracasado. Hace años me propuse como meta ser alguien que al menos estuviera por encima de lo que es un pordiosero, pero fui derrotado sin clemencia por una vida escasamente dotada de oportunidades laborales para mí; porque con un título universitario en mis manos pretendí hacerme con todo, sin avaricia pero sí con mucha convicción hasta que me estrellé con la necesidad de sobrevivir como fuera, aceptando cualquier empleo de pobre, apenas salvándome de no morir de hambre y de no tener que pasar las noches debajo de un puente, o sobre alguna banca del Parque de los Novios, o de retornar con el rabo entre las piernas a la casa de mis padres. Tampoco logré publicar mis poemas que he acumulado hasta contar más de novecientos, archivados, puestos en pila sobre una mesa de noche, olvidados incluso por el olvido, al cual le debo agradecer, sin embargo, haber aniquilado en mí el recuerdo pertinaz de Lucía, con quien fracasé también, porque la imaginé siempre a mi lado, abnegada, soportando sin quejarse una vida con un presente abyecto y con un futuro sin promesas, que lo mismo daba cortarse las venas que seguir esperanzados en la nada y, por eso, al final, ella decidió escapar de un inminente cataclismo, auto exonerándose de la desidia que amenazaba con arrasar todo a su paso, como un viento bíblico que nos condenara a la soledad perpetua de un Buendía. Ella se escabulló a tiempo. Yo me quedé, expuesto y solo.

Hoy, con todo esto, vuelvo a tomar consciencia de esa existencia malograda mía. Al ver a Eva tirada allí me doy cuenta de que fracasé también al amarla

a ella, porque no fui capaz de salvarla, ni de ayudarla siquiera como se lo ofrecí (¿sí lo hice?). En cualquier caso, ahora debo admitir que no era yo el más indicado para intentar esa hazaña, ya me lo había hecho saber ella sin anestesiarme cuando me tachó de iluso. Y sí, tenía razón ella, siempre he sido un iluso.

—Mira.

Es la voz del Conserje. Me había olvidado que seguía aquí. Me doy vuelta y advierto que ha sacado varios libros de una gaveta del clóset. Yo nunca los había visto.

—Son libros del mismo autor —vuelve a hablar el hombre—. Un tal Efraín Núñez.

Me abalanzo sobre el descubrimiento y le arrebato de las manos uno de los libros. En efecto, él había leído bien el nombre del autor. Quedé de piedra, tratando de descifrar lo incomprensible. Le quito el resto de libros y constato que, tal como dijo el Conserje, son todos de la autoría de Efraín. Vaya sorpresa me acaba de dar Eva, tan generosa ella, tan llena de benignidad, y yo que la trataba no hacía sino unos minutos de egoísta solo porque había decidido empearse y adelantársele a la parca Morta de gabardina y guadaña. Qué injusto había sido entonces, qué injusto.

Con la cabeza llena de nubes electromagnéticas haciéndome cortocircuito, interpreté de súbito las palabras de Eva: “Mi vida ya tiene un hombre, irremplazable, único”. Ahí estaba, a mi vista, Efraín era su hombre, el único en su vida, amo y señor absoluto del corazón de mi adorada. Él era mi rival, eterno, poderoso, inexpugnable, aun cuando yo lo había exterminado en su propio alcázar, mi única victoria que se convirtió al final de cuentas en una más de mis derrotas, tan frecuentes, tan anexas a mí.

Abrí uno de los libros y encontré una nota a mano, debía ser la letra de Eva, claro que sí, idéntica a la de los documentos que yo le había espiado varios meses atrás; la nota decía: “*De tanto buscar y buscar, solo logré encontrar el necio placer de la mentira como alimento, que me intoxica como tu aliento de viejo perverso, viejo verde, corruptor de mi alma amargada, de ti perpetuamente*”

esclava”. Luego abrí otro libro y descubrí una nueva frase, seguida de una de Quevedo, también garabateada a mano: “La generosa vida no me traerá de vuelta tu deliciosa maldad... Soy un fue, y un será”.

¿Qué es aquello que leo aquí? Me pregunto lanzándole una mirada furibunda al cuerpo sin vida de Eva. No es nada, me respondo, no es nada. Como si negarme lo evidente alivianara el peso del bloque de concreto que me oprime el pecho. De repente todo se ha vuelto un misterio aún más hermético, Eva es uno en sí misma, y así muerta como está es todavía más enigmática, envuelta en el desorden de sus sábanas, cubierta apenas por ese revelador pijama transparente, acostada como si esperara despertar en algunas horas y seguir viviendo esa dualidad que la convertía, sin que yo alguna vez lo hubiera anticipado, en esa otra carne de sabores olímpicos y de olores salvajes que me extasiaron tantas veces, en horas de frío o de calor.

Estoy seguro de que ella no se imaginó nunca una muerte tan simple y aburrida, orquestada por una melancolía cimarrona y un desencuentro con la vida demasiado feroz. Muy tarde comprendí yo que Eva navegaba entre dos cualidades rivales que realmente no le divertían, como una vez me dijo, y que yo en vez de interpretar sus aventuras me dediqué a patrocinarlas, a jugar con el fuego que ella tenía en su corazón y que soltaba como un zippo; al final me he quemado, dolorosamente he sido alcanzado por un incendio caníbal que ha dejado convertido en escombros mi ya desvencijado corazón. Ella ni siquiera lo supo y, quizás, de estar viva tampoco le habría importado demasiado que el inventario de daños de su desaparición haya alcanzado cifras incalculables en mi cuerpo: cientos de huesos adoloridos, algunos músculos atrofiados, varios litros de sangre cansados, miles de células chamuscadas, unos lóbulos histéricos, etcétera, etcétera.

Yo siempre creí que ella me usaba, que por recreación me hacía parte de su entretenimiento y de su faceta ociosa; pues me equivoqué, porque realmente lo que ella hizo en todo momento fue disfrazar con su juego la fatalidad que la chantajeaba, anodina y socarrona, que se alimentaba más de mis ilusiones (y como seguramente de las de tantos otros ilusos como el señor X, Fonseca, y Albeiro) que de su tribulación. Por esta razón era lícita la aparición de Liliana, quien a diferencia de Eva no tenía límites para el divertimento y gozaba con mucho más desparpajo de lo vedado que la vida nos impone. Eva por su parte

prefería desconocer esto, ignorar qué ocurría refugiándose en una suerte de *laissez faire, laissez passer* que yo siempre vi tan normal y carente de instinto corrosivo. Hasta hoy, cuando advierto que más que haber sido el objeto que solazaba a Eva (y a Liliana), fui una de las manos que les engullía pastillas mortales, inocente yo de que ella, ellas siendo una sola, no intentaban nunca el más mínimo esfuerzo que impidiera mi sistemático avance delictivo, que, al materializarse con el exterminio de Efraín, también encontró eco en la devastación de Eva. Pobre Eva. Qué ciego fui. Y me vengo a dar cuenta ahora, en pleno naufragio.

Sin importarme la presencia del Conserje, permito que salte de mi cara una mueca con forma de sonrisa, y tras esta insolencia, soez y egoísta, me impulso con las piernas para salir a tomar aire a la superficie de este océano siniestro que me rodea, y una vez con el cielo abierto encima de mí, estiro la mano y arrojo otra moneda de fracaso (una más) a la alcancía que en mi alma guardo con resignación: en la cara de la moneda Eva muerta, y en el sello la luctuosa certidumbre de haber perdido también a Liliana.

Ahí está, eso es todo lo que tengo en la vida, el triste capital que me acompaña desde esta hora. ¡Gran vaina!

Esta edición consta de 100 ejemplares.
Se diseñó y diagramó en la Editorial Unimagdalena.
Se imprimió en octubre de 2017 en los talleres de
Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. - Xpress Kimpres
Carrera 69H No. 77-40. Bogotá D.C., Colombia.

En su composición se utilizaron caracteres
Minion Pro 12 puntos y Helvetica LT Std 14 puntos.
Formato 17 x 24 cm.
Su portada va en papel propalcote de 300 gramos y las páginas
interiores en papel book cream 70 gramos.